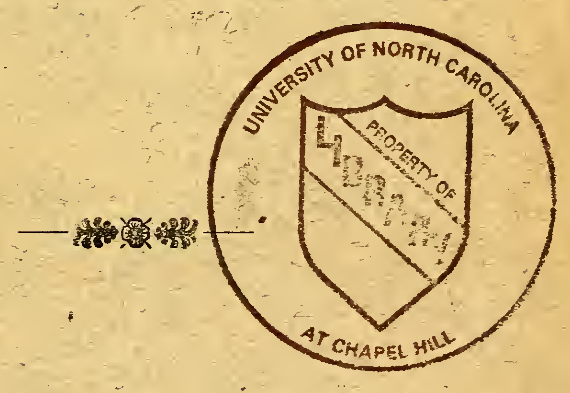
ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

CLARA MOORE

COMEDIA DETECTIVESCA

EN TRES ACTOS, DIVIDIDO CADA UNO EN DOS PARTES. ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1921

CLARA MOORE

CLARA MOORE

COMEDIA DETECTIVESCA

EN TRES ACTOS, DIVIDIDO CADA UNO EN DOS PARTES

ORIGINAL DE

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Estrenada en el TEATRO CÓMICO el 5 de febrero de 1921

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO M 551

1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PALOMO	Loreto Prado. (1)
MISS ARABELLA BOOBAR	Sra. Melchor.
MISS ELISABETH	Srta. Leal.
MARY	Campos.
DOLLY	Arias.
ENRIQUE DE QUIRÓS	Enrique Chicote.
MR. JAMES BOOBAR	Sr. Recober.
MR. BISSET MURPHY	Gotós.
MARIO BRANCHI	Ponzano.
MR. WELLS	De la Vega.
MR. FULLER	Delgado.
MR. ABRAHAM CURTIS	Arias.
LONGIN MILES	Ortiz.
UN CRIADO	Sánchez.

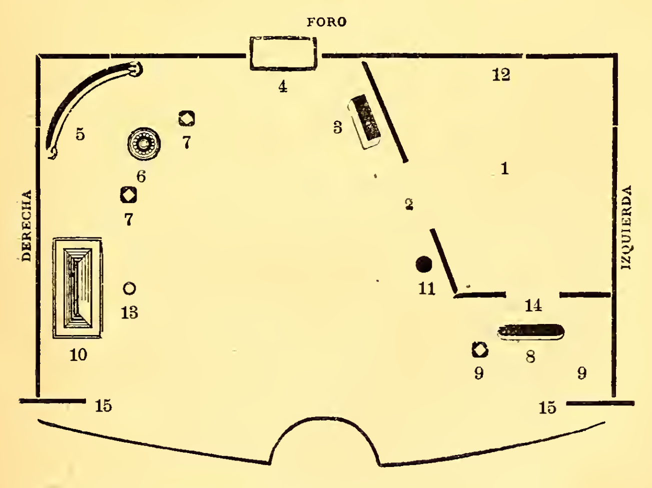
La acción en Nueva York.—Época actual

(1) Del papel de *Palomo* puede encargarse un niño en las Compañías donde no se cuente con una actriz de las excepcionales aptitudes de Loreto Prado.

ACTO PRIMERO

PRIMERA PARTE

Despacho particular en el palacio de míster James Boobar. La decoración se ajustará a la adjunta planta.



1=Biblioteca que se ve por la ventanita.

2=Puerta única.

3=Un mueble bueno.

4=Caja fuerte empotrada en la pared, con discos y resortes múltiples. Juega, abre y cierra y ha de dar la sensación de la realidad. Tendrá metro y medio de alto por uno veinte de ancho. Sobresaldrá apenas diez centímetros, pero tendrá un fondo de setenta y cinco.

5=Mirador en forma de rotonda, con plantas y cortinajes.
6=Mesita.
7=Butaquitas.
8=Divancito.
9=Butacas.
10=«Bureau» grande y bueno con máquina de escribir y resorte-balanza para ocultarla.
11=Un pie con una buena escultura.
12=Fondo de la biblioteca que simulará estantería con muchos libros.
13=Sillón de trabajo.
14=Ventana por la que se ve la biblioteca. Será armada con cristales, encuadrados en listoncitos pintados de color roble o caoba, según el decorado. Estará a un metro del suelo.
15=Bastidores de ropa.

ADVERTENCIAS.—La biblioteca avanzará ocupando casi un tercio del escenario por el foro y un poco menos por el proscenio, pero lo necesario para que pueda colocarse el diván.

Todos los muebles han de ser buenos, nuevos y nada vulgares.

Gran aparato de luz eléctrica en el centro de la habitación. Otra en la biblioteca.

Teléfono sobre el «bureau». Juega, debe tener timbre que suene fuera.

El mobiliario rico y elegante, como corresponde a la casa del negociante en piedras preciosas más opulento de los Estados Unidos.

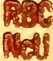
En la derecha, que forma un saliente en ángulo recto, una puerta: la única que tendrá la habitación. En la parte saliente que da frente al público habrá una ventana bajita con cristales transparentes, encuadrados en listones color caoba, para que sea más decorativa, más facilmente acoplable, sin riesgo a frecuentes roturas. Al pie de la ventana un divancito y dos silloncitos. Por la ventana se verá la habitación contigua, que es la biblioteca. En la pared del forillo estantería de arriba a abajo, llena de libros. En el centro un aparato de luz.

Gran aparato central para luz eléctrica y un portátil sobre el «bureau».

Comienza el acto con luz del día y va oscureciendo gradualmente desde la mitad de esta primera parte.

Aparecen en escena ENRIQUE DE QUIRÓS y MARY. Enrique es un hombre joven, pero no ningun niño. Simpático, de modales desenvueltos, correctamente vestido, está siempre en contraste con los demás personajes de pura cepa yanki.

Enrique de Quirós es un muchacho de la buena sociedad española, venido a menos por sus despilfa-



rros, que ha tenido el talento y la abnegación suficientes para preferir la redención por el trabajo a la vida parasitaria del señorito arruinado. Es un nieto de los que siguieron a Hernán Cortés, no de los hidalgos que teñían con tinta las rozaduras de las ropillas y esparcían migas por la barba para hacer creer que habían comido.

Como nieto de hidalgos castellanos es altivo, orgulloso y valiente, pero para no desmentir las tradiciones de las razas aunque él haya ido a buscar el estímulo del esfuerzo perseverante y metódico del sajón, en el fondo, como buen español, sueña con vencer y triunfar merced a un golpe de audacia, a una extratagema dictada por su ingenio, mejor que con el trabajo cotidiano.

Mary es una joven y linda, mecanógrafa, neyorkina pura. Escribe en la máquina del «bureau». Enrique, de pie, la dicta.

ENR. «Queridos señores; todas la piedras han sufrido una depreciación enorme. Me es imposible aceptar su oferta. Sin embargo, en atención a su deseo, mañana les visitará nuestro representante en Alaska y con él pueden ustedes negociar con un veinticinco por ciento de rebaja, sobre el cierre de hoy en la Bolsa de los brillantes de Nueva York. A sus órdenes, etc., etc.»

MARY Ya está.

ENR. Luego, cuando usted quiera, con calco también para guardar copia, escribe usted a estos cinco compradores esta misma carta, pero todo lo contrario.

MARY Comprendido. «El alza en la cotización me ha sorprendido... La falta de existencias supone mi ruina... Sin embargo, puedo servir su pedido con un veinticinco por ciento de alza sobre la cotización...» ¿Nada más?

ENR. Nada más. Perdone usted, miss Mary, que la haya molestado con este trabajo extraordinario. Muchas gracias.

MARY Oh, los españoles son ustedes de una amabilidad y de una galantería que confunde, míster Quirós. Yo no he hecho más que cumplir con mi obligación.

ENR. No, perdone, miss Mary. Usted es mecanógrafa de la oficina y a mí me corresponde despachar el trabajo de la secretaría particular.

MARY ¿Es cierto el viaje de míster Boobar a Europa, a pesar de que se ha desmentido?

ENR. Partirá mañana a primera hora.

MARY (Con entusiasmo.) ¡Oh!

ENR. ¿Tiene usted ganas de conocer el viejo continente?

MARY No. Expresaba mi entusiasmo por ese viaje pensando en el fabuloso negocio que va a realizar míster Boobar. En su gran triunfo sobre los negociantes de Londres, París y Bruselas. ¡Seguramente será la ruina de muchos de ellos!

ENR. ¿Y eso la alegra?

MARY No, pero me enorgullece como súbdita americana y me satisface como empleada de míster Boobar, el más poderoso negociante en piedras preciosas de Nueva York o sea del mundo... Diferencia de temperamento, míster Quirós. Tardará usted mucho en perder el inútil y ridículo sentimentalismo español y cambiar sus romanticismos por los nuestros.

ENR. ¡Ah, ah!...

MARY Lleva usted muy poco tiempo en América para comprendernos.

ENR. ¡Quién sabe! Llevo tres meses en Nueva York, y me parece que desde la primera semana los conocía a ustedes tan bien como hoy. Lo que me falta es asimilarme a sus costumbres, adaptarme a su psicología. No aspiro a conquistar América. He venido a que América me conquiste a mí. Le aseguro que dentro de muy poco será más americano que el propio Monroe.

MARY Pues tiene que darse prisa, porque está muy lejos de ello.

ENR. ¿Usted cree?...

MARY Vea sin ir más lejos. Vengo a escribir a su máquina y me encuentro el cilindro de caucho del carro cuidadosamente envuelto en un pliego de papel...

ENR. Para que no se agujeree. Es una máquina nueva. Me parece que lo práctico es conservarla siempre en buen uso y prolongar su duración.

MARY Nosotros damos a los automóviles y las máquinas un plazo de duración. Cuando termina se compra otra. La de usted dentro de

cinco años estará muy nueva, pero anticuada.

ENR. Y la de usted inservible.

MARY Entonces se recompone y se manda a Europa.

ENR. Muchas gracias por la lección, miss Mary. Sin embargo, permítame usted que siga creyendo que puede serme muy práctico tener recubierto el cilindro de la máquina con un pliego de papel.

MARY Hasta después, míster Quirós. Si desea algo más estoy en la oficina.

ENR. Muchas gracias. (Vase Mary. Enrique oprime el timbre y entra PALOMO. Es un botones muy listo y muy desenvuelto.) Cierra esas cartas y dame el clasificador para guardar los calcos de copia. (Enrique ayudado por Palomo, perfora las copias de las cartas y las guarda en un clasificador. El botones extiende convenientemente los sobres uno sobre otro, moja de una vez la goma y los va cerrando. Todas estas operaciones se harán durante el diálogo que sigue.) ¿Y tu madre, Palomo?

PAL. Ha mejorado mucho, don Enrique. En seguida piensa volver a la fábrica.

ENR. ¿Tú has venido hoy a tu hora?

PAL. En punto, en punto; puede usted preguntar.

ENR. Tengo que ajustarte una cuenta. Anoche te dí dinero para que te fueras a casa en el tranvía, y sin embargo, sé que fuiste andando. Seguramente te gastaste el dinero en golosinas.

PAL. No, señor, no. Le tengo en el bolsillo, puede usted verlo. (Se lo muestra.)

ENR. ¿Entonces?...

PAL. Pues verá usted... Es que mi madre se muere por unas empanadillas que venden aquí cerca... las que usted suele comprar algunas tardes... Ella es incapaz de gastarse el dinero en comprarlas... y como ahora la convalecencia le ha dado tanto apetito...

ENR. Bueno, bueno estás tú...

PAL. Me duele mucho, don Enrique, que siga usted desconfiando de mí.

ENR. No.

PAL. Sí, y perdone usted... Sé que me vigila, que me espía...

ENR. Anoche te ví por casualidad.

PAL. Es posible, pero usted desconfía; trata de probar si mi arrepentimiento es sincero...

ENR. ¿Tú crees?

PAL. ¡Lo duda! Lo he comprobado.

ENR. ¿Estás seguro?

PAL. Si usted me permite...

ENR. Te exijo que te expliques.

PAL. ¿Usted no tiene mala memoria ni es descuidado, verdad?

ENR. No.

PAL. Pues hace tres días cobró usted su mensualidad, casualmente todo en moneditas de media libra, las dejó usted sobre el *Bureau*... y ahí están.

ENR. Afortunadamente, aunque no mucho, aún me queda algun dinero del que traje de España y tenía el capricho de conservar esas monedas por ser las primeras ganadas con mi trabajo. ¿Lo entiende, usted, caballerete?

PAL. ¿No se enfadará usted si le nombro una fruta?

ENR. No, hombre. Nombra la fruta que te dé la gana.

PAL. Pues, naranjas.

ENR. ¿Cómo?

PAL. Que naranjas de la China... Verá usted. Intrigado al ver ahí tantos días las monedas me he permitido examinarlas... y da la pícara casualidad de que todas tienen una crucecita hecha con un raspador, al pie de la fecha.

ENR. ¡Eres muy listo, Palomo!

PAL. No me repita usted que soy demasiado listo para ser bueno.

ENR. No. Una vez te dije que era muy facil hacer de un tonto una buena persona y muy difícil que un listo se conformase con ser bueno.

PAL. Yo le juro a usted que lo seré, don Enrique, aunque no fuera más que por la memoria de mi padre...

ENR. ¿Cómo?

PAL. Yo no sé si sabré esplicarme bien... Mi padre, como usted, era español, madrileño y creyendo, como por nuestra tierra creen muchos, que en los Estados Unidos atan los perros con sobreasada y que no hay más que llegar para que le hagan a uno rey del betún, de los cacahuetes o de la mojama,

nos sacó de la calle de los Estudios donde teníamos un tupi que daba la hora y muchos cuartos para traernos a este infierno. Al morir, aunque yo era un cañamón, me dijo, lo recordaré siempre. «Ya ves hijo mío, que muero en la miseria y que os dejo desamparados por ser honrado, pero no olvides nunca que tu padre lo sacrificó todo, hasta la vida, con tal de dejarte un nombre sin mancha.» Nunca me olvidaré de aquello, don Enrique...

ENR. Sí, Palomo, lo olvidaste el otro día al intentar quedarte con los veinte dólares de míster Murphy... correspondiendo con una pillería al favor que yo te había hecho trayéndote aquí..

PAL. Hice mal, lo sé, pero usté mismo me disculpó cuando supo la verdad... Mi madre enferma, necesitaba de todo por no poder acudir a la fábrica donde se gana la vida desde que murió mi padre... La amenaza de que nos echaran de la casa si no pagábamos... Estuve llorando toda la noche... Al verme al día siguiente con el billete en la mano... ¡Gracias a usted, don Enrique, no me he perdido!.. ¡Gracias a usted mi madre se está poniendo buena y está en nuestra casita!...

ENR. Bien, Palomo, bien. No hablemos más de eso. Ya sabes que te salvé evitando que se supiera tu delito con tal de que fueras honrado. Como me interesas, como quiero hacer de ti un hombre de provecho, te he vigilado. Necesito convencerme de que es verdad todo lo que me has dicho.

PAL. Yo podía darle a usted una prueba...

ENR. ¿Una prueba?

PAL. Sí... pero no es muy conveniente. Siga usted espiándome y ya se convencerá.

ENR. Dime algo que ibas a decirme y que no te atreves.

PAL. ..Pues bien... A otro no se lo diría. A usted... sí. No tengo miedo porque sé que me comprenderá... Intenté quedarme con los veinte dólares de míster Murphy porque era precisamente lo que necesitaba... y no toqué a esa caja (Señala la del foro.) donde míster Boobar guarda millones en dinero y en bri-

llantes... Me podía haber llevado mucho, mucho... La riqueza de toda la vida... y hasta puede sin que lo notasen...

ENR. (Riendo.) ¡Muy gracioso, Palomo! O por un momento te has vuelto tonto o crees que yo lo soy. ¿Es que no sabes que esa caja es famosa en todos los Estados Unidos por la seguridad de sus cerraduras?

PAL. Es que yo sé abrir esa caja.

ENR. (Dando un salto.) ¿Qué dices, muchacho?

PAL. Ya sabía yo que se iba usted a asombrar.

ENR. Explícate, explícate, porque no creo posible que sepas abrir esa caja.

PAL. Verá usted: A poco de entrar yo aquí como botones, trajeron esa famosa caja. Míster Boobar se la enseñaba con orgullo a todo el mundo... La última palabra de la mecánica... Es de una pieza... No tiene llaves... Sólo yo poseo la clave para abrirla... Que pruebe el que quiera. En nombre del inventor apuesto diez mil dólares con el que se comprometa a abrirla en un mes... Todo esto repetido durante una semana llegó a intrigarme. Soñaba con la dichosa caja. Miss Arabella, bromeando una tarde con un señor muy estúpido, me dijo: Anda, prueba tú también, Palomo, y ella misma oprimió conmigo los resortes. Desde entonces, cada vez que me quedaba solo, me dedicaba a tantear todos los muelles y me mordía los puños de rabia al ver que era imposible acertar con la combinación... Comprendo que lo que hacía estaba muy mal, don Enrique, pero era una cosa superior a mí...

ENR. Sigue.

PAL. Observé a míster Boobar... Unas veces entraba sin que me llamasen. Otras me retrasaba al salir. Un día coloqué un espejo (Señala uno de marco antiguo y artístico que hay en la pared de la derecha) de manera que desde la biblioteca pudiera yo ver a míster Boobar... Así, poco a poco, con paciencia, sorprendiendo un día un movimiento, otro una vuelta de los discos, otro una letra de la clase... manipulando una tarde se me abrió de repente la puerta de la caja.

ENR. ¡Palomo!

PAL. Le juro a usted por la memoria de mi pa-

dre, que asustado la cerré en seguida. ¡Pero me quedé la mar de satisfecho!

ENR. ¿Y no la has vuelto a abrir?

PAL. Nunca. Ahora que ya sé el secreto, que podría abrirla cuando me diese la gana, es cuando no se me ocurre ni mirarla.

ENR. Me asustas, muchacho, me asustas.

PAL. ¿Dejará usted ahora de espiarme?

ENR. Menos que nunca. Te tengo miedo.

PAL. Como usted quiera. Nada de lo que me diga me puede ofender. Nadie hubiera hecho lo que usted ha hecho... ¡Si yo pudiera pagárselo!

ENR. En tu gratitud sí creo firmemente.

PAL. Sólo quiero que me pida usted una prueba, pero una prueba grande...

ENR. Algún día puede que llegue esa ocasión. Anda, baja esa correspondencia a la oficina que hemos perdido mucho tiempo. (Palomo recoge las cartas.)

PAL. Es verdad. En eso no podemos negar que somos españoles. En cuanto nos ponemos a darle a la sin hueso... Voy en seguida. (Vase llevándose las cartas.)

(Enrique ordena los papeles. Se oye dentro reir a MISS ARABELLA, que habla con MISS ELISABETH. Un instante después entran. Miss Arabella es una hermosa muchacha de unos veinte años. Tiene un temperamento vehemente y apasionado, que, dada su educación se traduce en una exagerada excentricidad. Elisabeth, su prima, se muestra sencilla, dulce, casi tímida a veces. Sin embargo, es una mujer de gran temple de alma, enérgica y decidida. Arabella viene en traje de montar, con breeches y leguis. Elisabeth, de amazona.)

ARAB. Buenas tardes, míster Quirós.

ENR. Buenas tardes, mis Arabella.

ARAB. Creí que estaba aquí papá.

ENR. Salió hace un rato. Nos anunció esta mañana que hoy sería un día agitadísimo para él. Tiene que ultimar varios negocios antes de emprender el viaje.

ELIS. Yo tampoco he podido ver a Bisset en todo el día.

ARAB. Y tú, tan apasionada, querida prima, estás desconsoladísima.

ELIS. ¡Por Dios!

ARAB. No lo niegues, Elisabeth. Durante todo el

paseo me has aburrido. Apenas has pronunciado seis palabras, y, en cambio, has lanzado los suspiros a millares.

ELIS. (Ruborosa.) ¡Arabella!...

ENR. Miss Elisabeth es un tesoro de ternura. Envidio la suerte de míster Murphy por haber encontrado una novia tan enamorada.

ARAB. Tan ridículamente enamorada.

ENR. El amor nunca es ridículo, miss Arabella.

ARAB. Oh, usted, como buen español, entiende el amor al estilo de las novelas románticas.

ENR. ¿Y usted?

ARAB. Pues... al estilo de las novelas policíacas.

ENR. ¡Ah, ah!

ARAB. El héroe que a mí me enamore no ha de tener rizosa melena medioval ni ha de asaltar conventos como el don Juan Tenorio de ustedes. Ha de ser un hombre audaz como Raffles, temerario como Fantomas. Un hombre de genio, hombre de temple, hombre a la moderna. Capaz lo mismo de andar a tiros con una banda de apaches que de ganar un millón de dólares con un solo golpe de ingenio.

ELIS. ¡Qué excéntrica eres, Arabella!

ENR. Está usted tremendamente influída por las novelas y las películas policíacas.

ARAB. No niego que me apasionan, que me entusiasman y que daría media vida por verme envuelta en una de esas aventuras de *film* y en ella encontrar el héroe que sueño.

ELIS. ¡Qué locura!

ENR. No divulgue usted eso, miss Arabella, porque cualquier ambicioso de sus millones o de su hermosura, más preciada que su fortuna, podría tenderla un lazo.

ARAB. ¡Oh, no es tan fácil!

ENR. ¡Facilísimo!

ARAB. (Bromeando.) ¿Sí? Pues inténtelo... Es decir, suponiendo que esté usted enamorado de mí...

ENR. ...Supongámoslo.

ARAB. El día que me pruebe usted que es un hombre audaz, valiente, ingenioso... me fijaré en que también es simpático, correcto, exquisitamente educado, de una familia de la rancia nobleza española... y me enamoraré de usted.

ENR. ¿Y me concederá su mano?

ARAB. ¡Ah, eso ya es otra cosa! He dicho que me enamoraré de usted, no que me casaré... Como tengo la desgracia de ser millonaria y me siento incapaz del romántico sacrificio de prescindir de mis riquezas para ponerme a su nivel... esperaré a que usted conquiste el primer millón de dólares.

ENR. ¡Un millón de dólares!

ARAB. Ni un centavo menos. Héroe y millonario. Ya lo sabe usted.

ENR. No lo olvidaré.

ARAB. ¡Ah! y por lo que me decía antes, no olvide tampoco que mi pistola me acompaña siempre. Mírela. ¡Arriba las manos! Un juguete precioso. Una browing diminuta que parece un perfumador, pero con balas blindadas que pueden matar un elefante.

ENR. (Que ha cogido la pistola y la examina.) En efecto, es una preciosidad.

ELIS. Guarda eso, Arabella.

ARAB. Mi prima tiene horror a las armas. No se atreve ni a abrir el cajón de mi tocador donde guardo mi pistola.

JAMES (Entrando.) ¿Estáis ya de vuelta de vuestro paseo?

ARAB. Hola, papá, hace ya un rato que estamos aquí.

ELIS. (A MISTER MURPHY, que ha entrado con MISTER BOOBAR, y se ha apresurado a ir a su lado.) ¡Dichosos los ojos que te ven!

BISSET He tenido un día ocupadísimo!

JAMES No le culpes, Elisabeth. Hoy le he abrumado de trabajo. Preparo un golpe magnífico. La noticia de que desistía de mi viaje a Europa ante el temor de un robo, lanzado por mis amigos por todos los mercados, infundió cierto pánico, y hoy eché al mercado casi todo mi stock. Verdaderos montones de brillantes ruedan a estas horas por las mesitas de la sala de contrataciones de la Bolsa... ¿Comprendéis?

ARAB. ¡Claro! Has logrado que todos los grandes y pequeños negociantes se lancen a vender de cualquier modo.

JAMES La baja ha sido enorme. Mis agentes ofrecían a precios inverosímiles... Claro es que sólo vendían a personas que yo había man-

dado exprofeso. En cambio, por segunda mano, he comprado a cotización ínfima todo lo bueno que quedaba en el mercado.

ARAB. Eres genial, papá. Me enorgullezco de ser tu hija. ¿Ve usted, míster Quirós? Estas son las audacias que a mí me entusiasman.

JAMES Porque eres neyorquina de pura sangre... Tal ves demasiado, pues tienes un exceso de fantasía y temo verte el día menos pensado meterte a detective o de jefe de una banda de ladrones. (Ríe.) Bueno. Da órdenes para que nos sirvan esta noche una buena comida. He invitado a míster Wells, el célebre inspector de policía, que me acompañará a Europa y que esta noche te distraerá contándote aventuras de esas, de policías y ladrones, que a ti tanto te encantan. Mister Quirós también nos hara el honor, y Bisset ya está invitado. Durante la comida os diré algo muy importante. (Comienza a oscurecer.)

ARAB. ¿La boda de usted, acaso?

BISSET Eso es. Míster Boobar a fijado la fecha de la ceremonia para el día siguiente de su regreso de Europa.

JAMES Y he dotado a Elisabeth con un millón de dólares.

ELIS. ¡Tío!

JAMES ¡Nada! No me digas nada. Si al morir mi hermana te recogí y te he educado igual que a mi hija, no es cosa de que al casarte vayas a pasar estrecheces.

ELIS. Gracias, tío, gracias.

JAMES Bien, bien. No se hable más del asunto. Yo voy a la Bolsa de los brillantes a recoger todo lo que han llevado mis agentes y todo lo que hayan comprado. Despúés iré a retirar lo que tengo depositado. Usted, Bisset, vaya a recoger lo de la Bolsa chica y retire lo que tenga en su caja del Banco. Sobre todo no se olvide del collar de rubíes de la reina María. Ya debió usted traerlo ayer.

BISSET Por sacarlo todo a la vez lo dejé para hoy.

JAMES Llévese mi auto pequeño. Tome un saco de mano. (Abre la caja y toma un saquito de piel que entrega a Murphy y él toma otro un poco mayor.)

BISSET Hasta luego. (Vase.)

ARAB. Nosotras vamos a vestirnos. (Vanse Isabel y Arabella.)

JAMES — Usted, míster Quirós, complete el inventario del stock con estas notas. Esta es la de lo que voy a retirar de la caja del Banco y esta de lo que tiene en su poder Murphy.

ENR. — Muy bien.

JAMES — Hasta después.

(Vase míster Boobar y Enrique se sienta a trabajar en el «bureau» después de haber encendido las luces. Momentos después entra ABRAHAN CURTIS. Es un hombre joven, elegante, presumido. Hijo de un multimillonario, no ha heredado de su padre el hábito del trabajo, y solo vive para los deportes y la vida alegre. Su capacidad mental es bastante limitada.)

CURTIS — Buenas tardes, míster Quirós. He visto salir a míster Boobar, pero me han dicho que estaba usted y he subido para charlar un rato.

ENR. — Es usted muy amable, míster Curtis.

CURTIS — ¿Vengo a interrumpirle?

ENR. — No. Despacho en un momento. Puede usted hablar mientras trabajo.

CURTIS — Me asombra la transformación. ¡Míster Quirós, el hombre que apenas hace dos años era en Madrid el rey del tennis y del polo, el más animado parroquiano del Maxim's y del Rosales, el jugador de pocker más temible, trabajando en Nueva York como oficinista! ¡Es admirable!

ENR. — ¡Qué quiere usted, míster Curtis, mis antepasados no supieron trabajar lo bastante para que yo me divirtiera o yo me he divertido demasiado para lo que ellos trabajaron! ¡Estamos en la época de las grandes reivindicaciones sociales!

CURTIS — Pero debe ser muy triste...

ENR. — En efecto, mejor sería trabajar primero y divertirse después, o mejor aún, no trabajar nunca y divertirse siempre, pero ya le digo que la vida se va transformando. Es muy posible que llegue el terrible día en que para vivir sea absolutamente preciso trabajar.

CURTIS — No sé qué alcance querrá usted dar a esas filosofías, pero lo que me asombra es que usted haya tenido el valor de resignarse.

ENR. — ¿No sabe usted que estaba arruinado?

CURTIS — Pero usted, persona de tan claro talento, de tan vasta cultura, que era precisamente una excepción entre los degenerados que le rodeaban, y sobre los que descollaba, a pesar

de no tener ni sus inmensas fortunas ni tampoco sus resonantes títulos, podía haber triunfado sin recurrir a este extremo.

ENR. Escuche, míster Curtis. En la literatura de los clásicos españoles nos reímos mucho con el hambre que sufren los hombres de ingenio, a los que llamamos pícaros, y con el talento que derrochan para idear tretas para hurtar unas miserables monedas a la codicia de los ricos. Aquí, en Norteamérica, en el film y en la novela, se admira, se idealiza al pícaro que tiene audacia e ingenio suficientes para defraudar al poderoso. La elección no es dudosa. El que no pueda ser señor en España, que venga a ser pícaro en América.

CURTIS ¿Y usted ha venido?...

ENR. He venido a trabajar.

CURTIS ¿Y a ser pícaro?

ENR. Ya le he dicho lo corrompida que está la palabra pícaro en la vieja España y lo idealizado que se encuentra el verdadero pícaro en la joven América. Un honrado pícaro puede ser aquí un gran hombre de negocios y un gran hombre de negocios sería allí un verdadero pícaro... Temo que no me haya entendido usted... Ya he terminado. Hablemos de otra cosa. ¿Qué es de su vida?

CURTIS No tengo un momento mío. Me han nombrado presidente del Club Hípico; me he encargado de dirigir la construcción del nuevo campo de Foo-ball-New-York; trato de fundar el Club del Dólar.

ENR. Permítame que le diga que debiera usted alternar los deportes con algo más serio. Usted, hijo único del más poderoso banquero de los Estados Unidos, está obligado a dedicar alguna atención a los negocios...

CURTIS Sin embargo, no crea usted que dejo de pensar en cosas de importancia. Estoy haciendo el amor a miss Arabella.

ENR. ¡Ah, ah!

CURTIS Parece mentira que usted, tan listo, no haya adivinado que mis frecuentes visitas por aquí...

ENR. Sí... no eran para mí. Pues hoy tendrá usted que resignarse a charlar conmigo. Están vistiéndose.

CURTIS Yo, en cambio, sí me he fijado en que a usted le gusta mucho miss Arabella... No lo niegue... porque supongo que no tratará usted de disputármela.

ENR. ¡Cá, de ninguna manera! ¡Cómo me iba yo a poner frente a usted!... ¿Y está usted muy enamorado?

CURTIS Según lo que entienda usted por estar enamorado. Miss Arabella es una de las millonarias más hermosas y sugestivas de Nueva York, Su genio, sus excentricidades, ese carácter tan excepcional, hacen que sea una mujer de la que siempre se habla y se comenta... De niño, de quien estuve enamoradísimo fué de miss Elisabeth, pero enamorado románticamente. Hoy, en cambio, siento por ella un cariño de amigo leal, de hermano casi...

ENR. Eso lo ignoraba.

CURTIS No congeniábamos como novios. Es una muchacha que lo toma todo en serio, que se apasiona de un modo que asusta... En medio de todo, un alma hermosa... Como la quiero bien, me da verdadera pena que vaya a caer en manos de ese desdichado Murphy.

ENR. ¿Desdichado?

CURTIS Bisset Murphy es cosa perdida. La hará desgraciadísima.

ENR. Me asombro. Yo le tenía por un muchacho trabajador, inteligente...

CURTIS Sí, sí. Todo eso es así, pero...

ENR. Puntualice hechos, porque me parece que le juzga usted mal.

CURTIS Bisset Murphy ha tenido la debilidad de caer en las redes de Clara Moore.

ENR. ¿La famosa artista?

CURTIS La famosa cortesana más bien, pues como muchas, es artista a fuerza de alhajas y de escándalos.

ENR. Bien, pero eso puede haber sido una cosa pasajera, una aventura propia de un muchacho soltero, pero ahora que va a casarse...

CURTIS Precisamente, ahora es cuando vendrá la tragedia. Clara Moore es una mujer terrible. Por ella se han arruinado varios millonarios. Por ella se ha deshecho más de un hogar...

ENR. Siga usted. ¿Acaso Murphy ha dispuesto de dinero?

CURTIS No... No creo... Aunque Clara Moore es una insaciable devoradora de oro, Murphy se habrá resistido.

ENR. Sí, pero cuando un hombre tiene la desgracia de enamorarse de una mujer tan peligrosa...

CURTIS Aquí es Clara Moore la que está locamente enamorada de Biasset.

ENR. ¿Y Murphy?

CURTIS No puede romper la malla de la red que le tiende la astucia de una mujer tan curtida en estas lides. Ella pierde toda prudencia, trata de comprometerle y para ello no repara en medios... Su único empeño es deshacer esta boda.

ENR. ¡Pobre muchacho!

CURTIS No. Pobre muchacha. El desengaño de Elisabeth si la infamia de Clara Moore llegara a consumarse sería horrible. Yo, que conozco el temple de su alma apasionada y vehemente puedo asegurárselo. Pero le suplico el secreto de todo lo que hemos hablado.

ENR. Puede confiar en mi palabra.

CURTIS Mucho de lo que le he dicho lo sé por mí mismo, pues ya conoce mi vida, frecuento el mundo en que triunfa Clara Moore, soy muy amigo de ella, demasiado amigo tal vez.. Pero no me pregunte usted nada, porque nada puedo decirle. Es un secreto que no me pertenece.

ENR. Bien, bien. Aquí tiene ya a míster Boobar. (Mirando por la ventana de la biblioteca.)

JAMES (Entra trayendo en la mano el saquito que tomó de la caja.) Buenas tardes, míster Curtis. ¿Me esperaba usted?

CURTIS Sí. No quería dejar de despedirme por si acaso mis muchas ocupaciones me impiden venir mañana a primera hora.

JAMES Muchas gracias.

CURTIS Mi padre, que es gran madrugador, bajará al muelle y le dará un abrazo a bordo.

JAMES Salúdele en mi nombre. Si usted quiere acompañarnos a comer esta noche, tendremos mucho gusto.

CURTIS Y mucho tendría yo en aceptar, pero me es imposible. Esta noche no tengo ni un solo momento mío.

JAMES No insisto.

CURTIS — Buenas tardes, míster Quirós. Buen viaje si no nos vemos, míster Boobar. (Vase.)

JAMES — Buenas tardes. (Guardando en la caja el saquito de mano.) Hemos terminado el negocio con el mayor éxito. ¡Todo un tesoro encerrado en este saquito!... Prepáreme la máquina con papel sin timbrar, que voy a escribir una carta.

ENR. — Deme usted la nota y yo la escribiré en un momento.

JAMES — ¡Ah, querido amigo, cómo se reiría de usted mi hija, la gran detective, si le oyese. Cuando se quiere escribir una carta privada se toma uno la molestia de escribirla personalmente. Así se tiene la seguridad de que no la conoce más que el que la escribe y el que la recibe.

ENR. — ¡A veces el que la lleva!

JAMES — Ni eso. A la molestia de escribirla se añade la de depositarla en un pneu...

ENR. — Perdone mi indiscreción, pero como me decía usted que preparase la máquina no podía suponer que se tratase de una carta privada, que se suele escribir siempre a mano.

JAMES — Seguiría riéndose miss Arabella de su gran candidez. A máquina se escriben y hasta se firman aquellas cartas que de un modo u otro pueden comprometernos, que pueden ser base para un chantage, para una difamación...

ENR. — ¡Ah, ah!

JAMES — Aprenda, aprenda de las novelas policíacas. Yo me siento ahora a la máquina, escribo unas cuantas líneas que es imposible que conozca nadie más que yo y la persona que dentro de quince minutos va a recibirlas, y mañana, si esa persona quisiera dar algún valor a esa carta, nadie le haría caso, pues lo mismo puedo haberla escrito yo, que ella misma, que cualquier mecanógrafo. (Riendo.) Le falta, le falta mucho que aprender, míster Quirós. Voy a dar asueto a la gente de la oficina. Hoy es una fecha memorable. Quiero que todos disfruten de mi alegría. (Haciendo mutis.) Ponga el papel en la máquina y vaya a vestirse, pues seguramente tendría un verdadero disgusto si le hiciésemos sen-

tarse a la mesa con traje de color. ¡Oh, la etiqueta europea! (Vase riendo.)

ENR. No soy de los que están esclavos de la elegancia, pero como vivo en la esquina no tardaré ni cinco minutos. (Al colocar el papel en la máquina duda un momento, se sonríe y termina por lanzar una carcajada. Arranca el papel que recubre el cilindro de caucho de modo muy visible, toma dos pliegos de papel, mete entre ellos un calco, recubre con todo el cilindro, luego dispone encima un pliego de cartas y vuelve a reirse. Apenas ha terminado vuelve MISTER JAMES BOOBAR) Hasta dentro de un momento, míster Boobar. (Vase.)

JAMES Adiós. (Se sienta ante la máquina y escribe rápidamente. Cierra la carta y se dispone a salir. Cuando va a hacerlo aparece en la puerta un CRIADO.)

CRIADO Míster Wells.

JAMES ¡Amigo mío!

WELLS Tal vez me haya retrasado.

JAMES Al contrario. Me encuentra usted sin vestir y me es forzoso salir un instante. Tendrá que disculparme.

WELLS ¡Cómo no, míster Boobar! Durante su ausencia, y con su permiso, me entretendré en examinar la habitación, la caja... Todas las precauciones son pocas. ¡Se ha hablado tanto del viaje y de su famóso stock!

JAMES Ahora acabo de guardar la mayor parte.

WELLS Lo sé. Aunque usted no me haya avisado no por eso he dejado de vigilarle. Ha tenido usted dos agentes continuamente a su lado. Uno de ellos en un auto de alquiler, pues no me dió tiempo de pedirle a la jefatura, acaba de venir detrás del de usted cuando traía el maletín.

JAMES Me parece un exceso de celo.

WELLS ¿Es usted hombre sereno?

JAMES He dado cien pruebas de ello.

WELLS Pues bien; sepa usted que en la Dirección de policía se ha recibido un anónimo diciéndonos que se intentaba robar su famoso stock.

JAMES ¿Es cierto?

WELLS Tranquilícese. Están tomadas todas las precauciones para impedirlo. Dormirán aquí dos agentes, y mañana, cuando salga usted para dirigirse al buque irá escoltado como un rey.

JAMES En ustedes confío.

WELLS Despache lo que tenía que hacer, que aquí le aguardo.

JAMES Con su permiso. (Vase.)

(Wells examina detenidamente la habitación, las paredes, los muebles, las puertas y hasta el mirador. Revisa los papeles y objetos que hay sobre los «bureaux», no dejando de fijarse en el montoncito de monedas de oro que hay sobre el «bureau» de míster Quirós.)

CRIADO Míster Wells...

WELLS Pase.

CRIADO Uno de los agentes a sus órdenes quiere hablarle.

WELLS Que entre. (Vase el Criado y hace entrar al agente Longín.) ¿Qué hay?

LONGÍN No puedo despedir los taxis ni ir a la dirección para traer a los otros dos agentes como usted me ha ordenado.

WELLS Pues, ¿qué pasa?

LONGÍN Que me ha dado usted dos monedas de media libra, de las mejicanas, que ya no circulan.

WELLS ¡Qué tontería! Son de oro como todas.

LONGÍN Sí, y hasta hace pocos días circulaban como todas, pero ahora se ha ordenado que se recojan, y como tiene depreciación y suponen la molestia de ir a canjearlas al Banco y perder unos centavos, en todas partes las rechazan.

WELLS (Que ha sacado otras monedas.) ¡Vaya, pues es casualidad! Otras que tengo también son... Vengan. Tenga un billete. No tengo pequeños. Despida los taxis y tráigase a dos agentes de toda confianza, que dormirán aquí esta noche.

LONGÍN ¿Nada más?

WELLS Que vuelva pronto. (Vase el agente.)

(Wells se guarda la cartera, y al ir a meterse las moneditas de oro en el bolsillo, duda un momento y las cambia por otras de las que hay sobre el «bureau.»)

ENR. (De frac.) ¡Oh, míster Wells!

WELLS Mucho gusto, míster Enrique de Quirós.

ENR. Sé que come usted con nosotros y me alegro mucho. Habrá después una partidita de pocker.

WELLS ¿Y piensa usted ganarme el dinero como siempre?

ENR. Sin duda alguna.

WELLS Ya veremos. ¿Podría reconocer las habitaciones más próximas a ésta?

ENR. ¿Por qué no? La única entrada a este despacho es esa, la biblioteca, que a su vez no tiene más puerta que la que de al hall.

WELLS Muy bien. Pues delante de esa misma puerta, en un diván, dormirán esta misma noche dos agentes de mi confianza. (Señalando a la izquierda.) ¿Qué habitación linda con esta por este lado?

ENR. El dormitorio y cuarto de vestir de mister Boobar.

WELLS ¿Los balcones están a gran altura?...

ENR. Considerable. Como no fuese en aeroplano, imposible penetrar por ellos.

WELLS Voy, con su permiso...

ENR. Espere. Le guiará un criado. (Le acompaña un momento y en seguida vuelve. Quita los pliegos de papel que puso en la máquina, lee las líneas que han quedado calcadas en uno de ellos, se sonríe lanzando su característico ¡Ah, ah! y después cierra el «bureau». Al hacerlo recoge las monedas, y, antes de metérselas en el bolsillo, las mira y hace un gesto de asombro.)

ARAB. (Con Elisabeth. Elegantes trajes de noche.) ¿Está usted solo, míster Quirós?

ENR. Acabo de llegar.

ELIS. ¿Y Bisset?

ENR. No debe habér vuelto.

JAMES (Con Wells.) Está disculpado. No me diga más. (Wells saluda a Arabella y Elisabeth.) Míster Wells, que quiere extremar todas las precauciones.

ARAB. Efectivamente, es una gran tentación una caja donde se encierran ciento cincuenta millones de dólares en brillantes, que pueden caber en una maleta.

BISSET (Con el saquito de mano.) Buenas noches.

JAMES Ya está completo el tesoro. ¿Lo trae usted todo? (Guarda el saquito en la caja.)

BISSET Menos el collar de rubíes de la Reina María. Estaba cerrado ya el departamento de cajas del Banco cuando fuí a recogerle.

JAMES ¡Qué contrariedad! La única alhaja que llevo montada y que por su historia y su valor artístico sería una de las más codiciadas en Londres...

BISSET Es que mañana por la mañana, antes de que usted salga, el collar estará aquí con toda seguridad.

JAMES — Es verdad, puede usted recogerle.

CRIADO — Los señores están servidos.

JAMES — Pasemos al comedor.

WELLS — Permítame usted. ¿Necesita volver a entrar aquí?

JAMES — No. Para nada.

WELLS — Pues entonces, dejaremos todo cerrado y mis agentes empezarán ya la guardia en el hall.

JAMES — Eso le indiqué antes.

ENR. — Permítame, míster Wells. En el equipaje de míster Boobar también hay cosas de gran valor.

JAMES — ¡Ah, sí! La colección de brillantes de color. Como está montada en un estuche largo, no cabe ahí. Llevo otro estuche con la colección de tamaños y algunos regalos.

WELLS — Entonces, si le parece a usted bien, lo mejor es que se traiga aquí el equipaje y quede todo cerrado en esta habitación, sobre la que se reconcentrará la vigilancia.

ARAB. — Admirable, pues así no hay necesidad de abrir las maletas.

JAMES — En seguida (*Asomándose a la puerta.*) ¡Jhom! Traer aquí mi equipaje.

ARAB. — Quedan dos maletas de mano que tengo yo en mi cuarto, pero son para última hora. Solo contienen ropa.

WELLS — Muy bien, muy bien. (*A los criados que entran un baúl de camarote y una maleta grande.*) Pueden dejarlo aquí mismo; como nadie ha de entrar, no estorba. (*Dejan los baúles en el centro de la habitación,*) Perfectamente. (*Vánse los criados.*) Ya nada hay que hacer.

JAMES — Pues pasemos al comedor.

WELLS — Así, todo cerrado, esa caja inviolable; mis agentes fuera delante de la misma puerta. ¡Que venga el propio Raffles en persona! (*Pasan todos a la biblioteca. Wells, que sale el último, apaga la luz y cierra la puerta. Quedan todos un instante en la biblioteca, que permanece iluminada.*)

JAMES — ¿Qué plan tiene usted para esta noche?

WELLS — Jugaré una partida de pocker con míster Quirós y probablemente me retiraré a descansar.

JAMES — Yo iré al club y procuraré acostarme lo más tarde posible. Con la jornada de hoy creo haberme ganado un ratito de expansión.

(Todos los personajes hacen mutis. Walls, que sale el último, apaga la luz. El teatro queda totalmente a oscuras, sin que pueda verse nada. Un instante de pausa. Se alza la tapa del baúl. Surge un bulto que interesa mucho que no se vea quién es. La persona que sale del baúl lleva una linterna eléctrica, cuyo foco proyecta contra la caja. Se dirige hacia ella. Hace crugir sus muelle y resortes: la abre. Saca los maletines y vuelve al baúl, cuya tapa cierra. La escena vuelve a quedar, por un instante, en silencio y en completa oscuridad.)

(Para todos entre cuadros se deslumbrara al público con lámparas rojas.)

SEGUNDA PARTE

La escena, de pronto, aparece iluminada por la luz del día. En seguida se oye crugir la cerradura.

—

(MÍSTER JAMES BOOBAR y WELLS entran en la biblioteca, franquean la otra puerta y pasan al despacho. Boobar y Wells visten largos gabanes de viaje)

WELLS — Vamos, que no nos sobra tiempo.

JAMES — Me acosté muy tarde, he dormido mal y por eso me he retrasado.

WELLS — Llame usted a los criados para que saquen los baulitos.

JAMES — ¡Jhom! Sacar de aquí estas maletas y bajarlas al automóvil con lo que hay en el cuarto.

WELLS — No, todavía es pronto para bajarlas al automóvil. Que las dejen ahí fuera hasta el último momento.

(Vanse los criados llevándose los baúles.)

JAMES — Yo llevaré una de las bolsas y usted la otra.

WELLS — Muy bien.

JAMES — (Abriendo la caja) ¿Eh? ¡Dios mío!

WELLS — ¿Qué le sucede, míster Boobar?

JAMES — ¡No están! ¡No! ¡Me han robado!

WELLS — ¡Imposible!

JAMES — ¡Sí!... Vea usted... La caja estaba cerrada... dejé aquí los saquitos de mano... ¡Me parece un sueño! ¡Robado mi tesoro!

ENR. — (Entrando con abrigo largo sobre el traje de calle.) ¿Robado?

JAMES — Sí, míster Quirós. La caja estaba tal como la dejé anoche, pero los saquitos donde guardábamos las piedras han desaparecido.

ENR. — Parece imposible. ¿Qué dice usted, míster Wells?

WELLS — No sé... Aún no me he repuesto de la sorpresa... No he podido reflexionar.

JAMES — (Ha llamado al timbre y dice a PALOMO que se presenta en la puerta.) Dí a las señoritas que vengan en seguida. (Cae abrumado en una butaca.) ¡La ruina! ¡La ruina!

ARAB. — (Con ELISABETH. Llevan abrigos, trajes y sombreros de mañana. La indumentaria de todos los personajes estará combinada de forma que por medio de los abrigos puedan vestirse rapidísimamente a fin de que el intermedio para marcar el lapso de tiempo entre uno y otro cuadro sea brevísimo.) Vamos, papá, que ya es tarde. ¿Bajan el equipaje? ¿Vienes tú?

PAL. — ¿Bajo los bultos al automóvil? (Se queda hacia el foro.)

ARAB. — Pero, ¿qué es esto?

JAMES — ¡Hija mía!

WELLS — ¡Han robado el stock!

ELIS. — ¡Dios mío!

ARAB. — ¿Qué han robado?

PAL. — ¿Que nos han robado los brillantes de nuestra caja?... ¡Hay que ver lo que son los ladrones de Nueva York!

ARAB. — Pero, ¿no es una broma?

JAMES — No, hija mía, puedes verlo.

ARAB. — Pero, ¿cómo es posible, míster Wells?

WELLS — No sé, nó sé.. Mis agentes, personas de toda mi confianza, han pasado la noche en un diván cruzado delante de la misma puerta. Hemos encontrado cerrado todo... Las llaves han estado en mi poder. Míster Boobar ha abierto por su misma mano la caja cuyo secreto él solo conoce... ¡Y sin embargo, han desaparecido las piedras!

ARAB. — Es realmente extraordinario.

ENR. — Nos hallamos ante un caso de audacia de esos que tanto le entusiasman, mis Arabella.

ARAB. — Efectivamente... sí... pero es tan inaudito...

WELLS — Voy a interrogar a los agentes y a dar aviso por teléfono. (Vase.)

PAL. — Aquí, en el recibimiento, tenemos otro teléfono, señor inspector... (Vase tras él.)

ELIS. (Que está sentada en una butaca rompe a llorar.) ¡Oh, me hace el efecto de una pesadilla!

ARAB. Vamos, Elisabeth. Vamos, papá, no hay que perder la calma. A nada conduce abandonarse de este modo.

JAMES (Levantándose.) No, hija mía, no. Unicamente tú me preocupas. Hace veinte años no tenía yo un céntimo... Todo es cosa de volver a empezar...

ELIS. ¡Arruinado!... ¡Pobre tío de mi alma!

ARAB. ¡Y se lo han llevado todo!... Sólo nos queda el collar de rubíes que Bisset retiró del Banco esta mañana y que acaba de entregar a Elisabeth para que te lo diese. Por milagro no hemos perdido eso también.

JAMES No, hija mía, no. Perdona si he exagerado en los primeros momentos, abrumado por este golpe. Tenemos valores, metálico, fincas, esta casa... No es la ruina completa...

WELLS (Entrando.) ¡Nada! Me he convencido de que es por completo imposible que los ladrones hayan podido penetrar por esa puerta (Examina todos los rincones y paredes.)

ARAB. Está usted un poco desorientado, mister Wells... Pero usted, el famoso jefe de la famosa brigada de investigación criminal que tantos triunfos ha tenido, por fuerza acabará por descubrir a los autores.

WELLS Si este delito quedase impune, caería sobre mí el ridículo, la deshonra.

PAL. Claro, porque como usted tenía las llaves de la habitación y sus agentes han dormido ahí...

WELLS ¿Quién mete a este mocosuelo?

JAMES ¡Retírate, muchacho!

ARAB. Traéme un vaso de agua.

ELIS. Y a mí.

(Vase Palomo.)

JAMES Puede usted anunciar que hay quinientos mil dólares de premio para el que descubra...

ENR. Me parece muy pequeño el premio... El valor de lo robado asciende a ciento cincuenta millones. Es preciso que ofrezca usted un millón por lo menos.

JAMES Bien, pues un millón. Hagan que los periódicos lo anuncien al pie de las informaciones del suceso.

ENR. Yo mismo comenzaré a trabajar inmediatamente, a ver si me lo gano.

ARAB. ¿Usted?

JAMES ¡Hombre! ¿Usted metido a detective?

ARAB. ¡Qué ocurrencia más graciosa!

ENR. ¿Por qué?

JAMES ¡Pero si usted es la persona menos indicada! ¡Si no tiene usted la menor idea!

ARAB. ¡Va a correr un ridículo espantoso!

JAMES Y tal vez entorpecer las pesquisas de míster Wells. Desista... Precisamente aquí mismo bromeaba yo anoche respecto a su falta de astucia.

ENR. (Llevándole un poco aparte.) ¿Sí? ¿Quiere usted hacer el favor de recordarme de lo que se trataba?

JAMES (Bajo.) Cuando quise escribir una carta a máquina.

ENR. ¡Ah, sí! Asegurando que así nadie más que usted y la persona que le recibiera podrían conocerla.

JAMES Exacto.

ENR. ¿Y por eso tomó usted todo género de precauciones...? ¿Y está usted seguro de que nadie conoce esa carta?

JAMES ¡Segurísimo!

ENR. ¿Y no es posible que dijera textualmente: «Adorable Fifí. Gustoso accedo a tu deseo. Cenaremos juntos esta noche a última hora y te llevaré la sortija que anhelabas»..

JAMES (Que ha escuchado asombradísimo, y apretando el brazo de míster Quirós para que hable aún más quedo de lo que lo está haciendo.) ¿Qué dice usted?

ENR. «... he mandado reservar un gabinetito en Babel Park.»

JAMES Pero ¿cómo diablos conoce usted esa carta, si yo mismo la deposité en un pneu.

ENR. Milagros del detectivismo. Igual que le han robado a usted los brillantes de una habitación donde no ha podido entrar nadie... Después de esto, no me negará usted cierta sagacidad, ciertas dotes detectivescas...

JAMES Sí, sí... indudablemente...

ENR. (Alto,) Míster Wells, convencido míster Boobar de mis facultades policíacas, consiente en autorizarme...

WELLS Amigo mío, lo siento mucho, pero para darle el certificado de detective particular

es preciso ciertos antecedentes... La literatura policíaca ha contagiado a muchas personas, y ante varios casos ridículos ha sido preciso restringir... Usted es un excelente jugador de pocker: ayer me ganó todo el oro que llevaba en el bolsillo, pero como policía...

ENR. (Llevando aparte a Wells.) Tengo la seguridad de descubrir a los autores del robo, y para eso es preciso que usted me dé el certificado... ¿Duda usted como dudaba míster Boobar de mis facultades? Le advierto que son asombrosas... A veces llego a ver a través de los muros más espesos desde una gran distancia. (Wells se ríe.) ¿Se ríe usted? Recuerdo que una tarde, estando yo poniéndome el frac en mi casa, vi en otra vecina a un probo funcionario de la policía que, al encontrarse en el bolsillo con cuatro medias libras mejicanas de las que no circulan, no dudó en cambiarlas por otras de una pilita que encontró sobre un «bureau»...

WELLS ¿Qué dice usted, míster Quirós?

ENR. Muchas gracias, míster Wells. No esperaba yo menos de nuestra buena amistad. (Alto.) Señores, míster Wells extenderá hoy mismo mi título, e inmediatamente comenzaré a trabajar.

ARAB. ¡Le desconozco, míster Quirós! ¿Va usted a disputar la gloria a Sherlock Holmes? (Ríe.)

CRIADO El señor comisario general.

WELLS Ante la gravedad del caso, me he creído en el deber de avisarle inmediatamente.

JAMES Que pase. (Vase el Criado.)

FULLER Muy buenos días, señores. (A Boobar.) Wells acaba de comunicarme por teléfono lo ocurrido. Tranquilidad, míster Boobar. Un robo de esta importancia es imposible que quede impune.

WELLS Soy de la misma opinión. Sólo esperaba la visita de usted para empezar a trabajar.

(Entra PALOMO con una bandeja con dos copas de agua.)

FULLER Tendrá usted que hacerlo de firme, amigo Wells, pues ya que se queda en Nueva York tiene que encargarse de otro suceso sensacional. La noche ha sido pródiga en acontecimientos.

JAMES ¿Otro robo?

FULLER No. Un asesinato. Ha sido encontrada muerta en su hotel la famosa artista, Clara Moore.

ARAB. ¡Ah!

ELIS. ¡Jesús!

(Palomo deja caer la bandeja y las copas se estrellan contra el suelo. Los semblantes de los personajes reflejan gran estupor y todos en la actitud conveniente a sus respectivas situaciones, guardan silencio un instante.)

JAMES Bien, pero supongo que míster Wells se dedicará preferentemente al robo.. El otro es un suceso de importancia, pero al fin y al cabo un crimen vulgar...

FULLER Desconoce usted las circunstancias... El sensacional misterio en que está envuelto ese asesinato... Ha sido encontrado dentro del hotel de Clara Moore y se le ha detenido como presunto autor, míster Abraham Curtis, el hijo del famoso mil onario.

(Se acentúa la expresión de los rostros de los personajes.)

JAMES Pero eso no es posible.

ARAB. No. No es posible...

ELIS. ¡Dios mío!

FULLER Todas las circunstancias hasta ahora... ¿Vamos, míster Wells?

WELLS Vamos.

FULLER Muy buenos días, señores.

ENR. Si me permitiesen ustedes que les acompañase...

WELLS (A Fuller.) Míster Quirós, desea secundar nuestras gestiones...

FULLER Bien... (Saludan y vanse.)

ARAB. ¿Se va también míster Quirós?

PAL. Sí, miss Arabella. Va en busca del millón de dolares. (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

PRIMERA PARTE

La misma decoración. La acción comienza con luz del día

(PALOMO aparece reclinado en el diván y duerme con sueño agitado, pronunciando palabras incoherentes. ENRIQUE DE QUIRÓS entra trayendo unos cuantos periódicos que deja sobre el velador del fondo, donde hay otros varios, que mira por encima. Cuando efectúa esto, oye las palabras que entre sueños pronuncia Palomo.)

ENR. ¡Palomo! (Se acerca y le despierta.)

PAL. ¡Mi!... ¿Usted, don Enrique?

ENR ¿Qué hacías ahí?

PAL. Me había quedado dormido...

ENR. Y soñabas alto.

PAL. (Muy alarmado.) ¿Soñaba alto?... ¿Ha oído usted algo de lo que he dicho?

ENR. No... Anda a tu sitio en el hall y cuidadito con volver a dormirte.

PAL. Descuide usted.

ENR. No te sientes y así no hay peligro.

PAL. Le diré a usted... Algunas veces me he quedado dormido en pie y hasta muchas mañanas juraría que bajo dormido las escaleras de mi casa... ¡Hay que ver lo que aburren trescientos veinte escalones!

ENR. (Que siente a míster James Boobar.) ¡Chist! ¡Anda al hall! (Vase Palomo y entra MISTER JAMES BOOBAR.) Buenas tardes, míster Boobar.

JAMES ¿Noticias?

ENR. No podría decirle más que lo que acabo de leer en la prensa de la tarde.

JAMES ¡Y la prensa no dice nada!... Conjeturas, deducciones... Todos los periódicos se limitan a ponderar la importancia del robo...

ENR. ¡Ah, del robo!...

JAMES ¿Pues a qué se refería usted?

ENR. Al asesinato de Clara Moore. Por el momento es lo que me interesa, es lo que absorve toda mi atención. He dedicado la mañana entera a ello.

JAMES También a mí me preocupa bastante. Abraham Curtis es hijo de uno de mis mejores amigos. El, personalmente también era estimado por todos nosotros... Y dígame, ¿y la policía? ¿Qué opina míster Wells del robo?

ENR. Dice que tiene una pista segura... Nada le he preguntado porque nada me importa... Le he prometido a usted que dentro de cuarenta y ocho horas estarán las piedras en su poder, y estarán. Confíe en mí.

JAMES Quisiera confiar... Pero se lo confieso francamente... Temo que su buena fe, su entusiasmo, no tenga fruto... Indudablemente nos hallamos ante ladrones sagacísimos, tal vez ante una banda de esas que antes creí que no existían más que en las novelas o en las películas...

ENR. Vuelvo a rogarle que confíe en mí. ¡Ah, si viese tan sencillo el asunto de Clara Moore!

JAMES Pero, dígame, ¿por qué le interesa tanto?

ENR. Abraham Curtis es amigo mío. Nos conocimos en Madrid, como usted sabe... Estoy convencido de que es inocente y deseo, debo salvarle.

JAMES ¿Y cuenta usted ya con algun medio?

ENR. Tal vez tenga la prueba de su inocencia... Sin embargo, he de esperar.

JAMES No comprendo.

ENR. Permítame usted, míster Boobar, que no sea más explícito.

JAMES ¿Tan misterioso es el caso?

ENR Más que misterioso, grave... Un problema de honor, de conciencia y de sentimientos.

JAMES Respeto sus reservas. ¿Sabe usted si va a venir míster Wells?

ENR. Lo ignoro. Acabo de dejarle en su despacho.

Quería dedicar un par de horas al estudio de estos dos importantísimos asuntos.

JAMES Voy a verle. Perdone usted, míster Quirós, pero no puedo contener mi impaciencia, mi intranquilidad...

ENR. Vaya, vaya a ver a míster Wells. Al fin y al cabo es un profesional, la más alta representación oficial de la policía, y yo sólo un mero aficionado... Hasta después, míster Boobar. No se detenga por mí. Hasta después. (Vase míster James Boobar haciendo un gesto de impaciencia. Enrique, que se ha sentado ante el «bureau», tan pronto como desaparece míster James Boobar, se levanta, pasea un momento preocupado, oprime un timbre y se presenta PALOMO.) ¿Has vuelto a dormirte?

PAL. ¡Ca! Me estoy entreteniendo en hacer bolitas de papel.

ENR. ¿Y eso te divierte mucho?

PAL. Es que las bolitas se las tiro a un policeman que hay en la esquina y que ya está loco.

ENR. Siempre serás el golfillo madrileño.

PAL. Siempre no. Ya verá usted, ya verá usted como cambio en cuanto sea millonario.

ENR. Bien, bien. Dime, ¿está en casa miss Arabella?

PAL. ¡Ejem, ejem! (Tose con guasa.)

ENR. ¿Qué es eso?

PAL. Nada. Algo de carraspera.

ENR. Pues a ver si te voy a tener que recetar yo unas gárgaras. Contesta, ¿está miss Arabella?

PAL. Sí, señor.

ENR. Pues ve e decirle que deseo verla un momento.

PAL. También ella desea verle a usted. Tres veces me ha preguntado si usted había vuelto y también ha llamado por teléfono a su casa por si estaba usted allí.

ENR. ¡Ah! ¿Sí?

PAL. Sí, señor. Por eso, si usted me permite, si no le parece mal, lo mejor es que yo entre ahora en su cuarto con cualquier pretexto... Me volverá a preguntar y le diré que está usted, mejor que decirle que ha sido usted el que preguntaba por ella... Conviene que los hombres nos demos cierta importancia con las mujeres.

ENR. ¡Basta, sinvergüencilla!

PAL. Bueno, bueno. No se enfade usted. Iré a decirle que en cuanto ha llegado me preguntó por ella...

ENR. No. Haz lo que has dicho, pero no te quieras pasar de listo.

PAL. ¡Ca! Si ya sé yo que miss Arabella no le gusta a usted. (Haciendo mutis.) ¡De quién está usted enamorado es de la estátua de la Libertad!

ENR. ¡Qué chiquillo! (Descolgando el auricular del teléfono.) 88.30 segunda... ¿Hotel Europa? ¿Mister Guild?... Un recado para su hermana. ¿Ha ido por ahí?... Cuando vaya que llame inmediatamente a míster Murphy por el teléfono de míster Boobar. Nada más. (Cuelga el aparato.)

ARAB. Muy buenas tardes, gran detective.

ENR. Buenas tardes, miss Arabella.

ARAB. Qué, ¿están ya en la caja los brillantes?

ENR. No, pero estarán de un momento a otro.

ARAB. (Riendo.) ¡Oh, tengo vivos deseos de verle en funciones detectivescas; porque seguramente se habrá comprado ya disfraces, barbas postizas...

ENR. No he tenido tiempo. Salí de aquí con míster Wells y con el jefe superior de policía. Me permitieron acompañarlos al hotel de Clara Moore... Efectuamos un registro...

ARAB. Cuénteme, cuénteme.

ENR. ¡Qué interés pueden tener para usted los relatos de un pobre aprendiz como yo!

ARAB. Sí... Tengo curiosidad... Mucha curiosidad...

ENR. ¿Nada más que curiosidad?

ARAB. Nada más... Me extraña la pregunta.

ENR. Creí que tendría usted cierto interés por míster Curtis...

ARAB. Sí... En efecto... Es un buen amigo...

ENR. (Dejando caer las palabras.) Es inocente, como usted sabe, del delito que se le imputa.

ARAB. ¡Ah!... ¿Acaso ha declarado?... ¿Ha descubierto algo la policía?

ENR. Tranquilícese, miss Arabella... Mejor dicho, modere esa curiosidad... Míster Curtis no ha declarado ni creo que declare. Aunque algo necio, es un caballero y será capaz de dejarse condenar antes que comprometer a una dama... La policía sigue cre-

yendo que es el autor del crimen... Unicamente yo, un ridículo aficionado, sabe que es inocente... Es decir, usted también lo sabe...

ARAB. (Que ha perdido la serenidad y no trata ya de disimular su ansiedad.) ¡Oh, explíquese, míster Quirós.

ENR. Perdón... La he hecho ponerse seria... Sigamos, sigamos bromeando. Mejor dicho siga usted bromeando.

ARAB. ¡Por favor, Enrique!

ENR. Hable usted.

ARAB. Sí, sí. Es preciso... Debo comenzar por confesarle que esta mañana me reí de su actitud, y sin embargo un impulso misterioso me inclinaba a buscar su protección, a confiarle un terrible secreto...

ENR. Siga usted.

ARAB. Míster Curtis se ve acusado de este crimen por culpa mía.

ENR. ¡Oh!

ARAB. ¿Qué?

ENR. Nada. Hable... Cuéntemelo todo. No prescinda ni de aquello que suponga que yo pueda saber.

ARAB. Míster Abraham Curtis, tomando en serio mis genialidades, y con el deseo de darme una prueba de audacia que me decidiese a su favor, me había propuesto mil extravagancias policiacas... Hacerse apache, sentar plaza de policía... He sido muy loca; insensata... ¡Pero harto cara estoy pagando mi ligereza!

ENR. Siga.

ARAB. Míster Curtis estaba en el secreto de ciertas intimidades de esta casa que tanto frecuentaba... Sabía que Bisset Murphy había tenido la desgracia de sostener relaciones con esa desventurada Clara Moore que podían turbar su felicidad y la de mi prima Elisabeth... Clara Moore, a toda costa quería desbaratar al matrimonio de Murphy con Elisabeth y tenía para ello un medio poderoso, eficacísimo... Murphy, en un momento de debilidad había puesto en sus manos el célebre collar de rubíes de la reina María...

ENR. ¡Oh!...

ARAB. Ella se empeñó en lucirle en una fiesta mundana. Prometió a Murphy devolverle todas sus cartas y dar por terminadas sus relaciones para que pudiera casarse, si satisfacía ese capricho. Murphy cayó en el lazo y le dejó el collar. Después, ella se negó obstinadamente a devolvérsele. Con el tenía en sus manos la honra del amante que se le escapaba...

ENR. Efectivamente. Le hubiese bastado con presentarse ante míster Boobar...

ARAB. El desenlace era inaplazable. Murphy tenía que entregar el collar a mi padre antes de embarcar. Clara Moore sabía que la boda era ya un hecho...

ENR. ¡Ah! ¿Y míster Curtis se ofreció a robar el collar?

ARAB. Exacto. Comentando conmigo la desgracia que amenazaba a estos dos pobres muchachos, tuvo la idea de robar el collar, burlando los torpes propósitos de Clara Moore y haciendo la felicidad de mi prima a quien yo tanto quiero.

ENR. ¿Y usted aceptó?

ARAB. Confieso que hasta le alenté.

ENR. ¿Y después?

ARAB. ...Después... ¡No sé! Usted es el que tiene que hablar. ¿Quién ha matado a esa desventurada? ¿Llevó Curtis su locura hasta ese extremo? ¡No, no! ¡Eso no es posible!... ¡No, no! Usted mismo ha comenzado por decirme que es inocente... Hable, se lo suplico.

ENR. Puedo asegurarle a usted que Abraham Curtis es inocente... Lo difícil será probarlo... Todo le acusa...

ARAB. ¿Es cierto el relato de los periódicos?

ENR. Exacto. Los agentes de vigilancia que penetraron en el hotel a poco de oirse los disparos, al registrar la casa, encontraron a míster Curtis, disfrazado de apache, con el rostro pintarrajeado, escondido en el cuarto tocador inmediato a la habitación donde estaba el cadáver de Clara Moore... Seguramente no tuvo tiempo de huir por la ventana del cuarto de baño por donde había entrado y que estaba abierta.

ARAB. Entonces usted no tiene un convencimiento, una seguridad, sino una impresión...

ENR. Tengo la prueba de la inocencia de míster Curtis.

ARAB. ¿Cómo? ¿Tiene usted la prueba y no se la ofrece a la policía?

ENR. Todavía no.

ARAB. ¿Y qué prueba es? Imposible, es imposible que tenga usted una prueba convincente.

ENR. Tengo el arma con que ha sido muerta Clara Moore.

ARAB. ¿Que tiene usted?...

ENR. Sí. Ya le he dicho que míster Wells me permitió que le acompañase en su visita de inspección al hotel. Mientras él y el jefe superior examinaban en el jardín las indudables huellas de míster Curtis desde la verja, que saltó, hasta el pie de la ventana del cuarto de baño, yo tuve la suerte de encontrar en la calle, a los pocos pasos de la puerta de entrada al hotel, la pistola conque había sido cometido el crimen.

ARAB. ¡Ah!

ENR. Y tuve buen cuidado de guardármela, dejando a Wells sumido en un mar de confusiones al no encontrarla dentro del hotel... Si la hubiese visto en la calle, sabría a estas horas que el autor de la muerte de Clara Moore había abandonado el hotel después de consumar el delito, y, que por lo tanto, no podía ser Curtis, que estaba dentro.

ARAB. Entonces, no comprendo por qué ha ocultado la pistola.

ENR. Muy sencillo. Porque la pistola es ésta. (*Saca del bolsillo la pistola de miss Arabella.*)

ARAB. ¡Ah! ¡Mi pistola!

ENR. Con dos cápsulas disparadas... Las heridas que presentaba Clara Moore, corresponden a dos proyectiles finísimos.

ARAB. ¡Dios mío!...

ENR. ¡Silencio, que viene gente! (*Después de escuchar.*) Míster Boobar con míster Wells... Se han detenido en el hall... No conviene que la vea míster Wells. Podría notar su emoción.

ARAB. Enrique...

ENR. ¡Pronto! (*La empuja hacia la puerta.*) Han pasado hacia el comedor. Ahora puede usted deslizarse hasta su cuarto sin ser vista... Y confíe en mí, que a pesar de ser solo un apren-

diz de policía sabré chasquear a los profesionales famosos.

(Miss Arabella, emocionada, aturdida, dominada por el acento imperioso de Enrique de Quirós hace mutis. Enrique queda solo un momento dando muestras de honda preocupación. En seguida entran MISTER BOOBAR y MISTER WELLS.)

WELLS Despacio, míster Boobar, quiero inspecionar la casa, interrogar a algunos empleados y sirvientes...

JAMES Ya ha visto usted que he dado orden de que se le atienda y obedezca en todo lo que disponga.

WELLS Muchas gracias.

JAMES Yo estoy a su disposición y lo mismo mi secretario míster Quirós.

WELLS Repito las gracias, pero prefiero realizar la diligencia yo solo... me parece que me reconcentro más.

JAMES Bien. Yo me retiro a mis habitaciones.

WELLS Cuando termine le avisaré.

ENR. Yo aprovecharé este rato para ir a tomar el té.

WELLS Perfectamente. Ahora voy a bajar a la oficina y luego volveré aquí para tomar todas las huellas dactilares en la caja, en los muebles... Usted, míster Quirós, me facilitará una lista de las personas que hayan podido tocar los discos de la caja, los muebles, la puerta...

ENR. Con mucho gusto.

WELLS ¿Vamos, señores?

JAMES Pase usted.

WELLS ¡Una habitación con una puerta única!... Un problema difícil, un problema difícil. (Vanse los tres. La escena queda sola un momento y en seguida entra PALOMO, provisto de un plumero y una gamuza, y rápidamente se dirige a la caja y frota todas las cerraduras, discos y resortes con gran cuidado, echándoles el aliento para dejarlos más brillantes. Entrando.) ¡Alto!

PAL. (Volviéndose.) ¡Jesús! ¡Vaya un susto que me ha dado usted! (Sigue limpiando con el plumero.)

WELLS ¡Quieto!

PAL. ¿Quiere usted que alce las manos? (Alza los brazos.) Yo creía que eso era cosa de las películas, pero por lo visto...

WELLS (Cogiéndole de un brazo.) ¡Basta de bromas!

¿Quién te ha mandado limpiar esa caja?... Cuidado con lo que dices. No mientas.

PAL. ¡Anda! ¿Y por qué voy a mentir?

WELLS Responde, ¿quién te lo ha mandado?

PAL. Míster Boobar.

WELLS ¿Míster Boobar?

PAL. Sí, señor. Cuando entré aquí de groom o de botones, como decimos en España, míster Boobar me leyó la cartilla y me dijo, punto por punto, todo lo que tenía que hacer... Mire usted, aquí en este librito tengo apuntadas todas mis obligaciones. (Le da un cuadernito.)

WELLS (Leyendo.) «La plaza se llama square, el ceneque arroll. Los guardias tienen mal genio...» ¿Qué es esto?

PAL. Más adelante, hombre, más adelante. Esa es una guía del forastero que me hice yo cuando de pequeñito empecé a andar por las calles.

WELLS (Que hojea el cuaderno.) ¿Es esto? «Hay que entrar a las siete en punto y no se tragan bolas.»

PAL Siga usted.

WELLS «Le conocen a uno si no se ha lavado la cara y echan bronca por llevar luto en las uñas.»

PAL. ¡Que más adelante!

WELLS «Obligaciones.»

PAL. Ahí.

WELLS «Archivar los calcos de las cartas en el distribuidor... Cerrar los sobres. Se enfadan si lo hace uno con la boca. Las cartas se entregan en la oficina. Cuando salen don Enrique y míster Boobar, recoger los papeles rotos, limpiar los ceniceros. Las colillas las compran en Bohemia Street, 420. Quitar el polvo a los muebles...»

PAL. Ahí, ahí.

WELLS «Limpiar los tinteros, dar brillo a los dorados con la gamuza. El suelo es cosa del ganso del criado...»

PAL. Se está usted enterando de todas mis intimidades...

WELLS ¡Silencio! ¿Tú sabes a dónde vas a ir desde aquí?

PAL. Sí, señor. En busca de una potaos widows (Pronunciación figurada: Potetos uidos.) que me van a saber a gloria.

WELLS Tú desde aquí vas a ir a la cárcel.

PAL. ¿Yo a la cárcel?

WELLS Como lo oyes.

PAL. Vamos, ¿a que me va usted a hacer el honor de creer que he sido yo el que ha robado el saco de los brillantes? ¡Vaya película!

WELLS No me desconciertas con tus desenfados de granujilla. Tú no has sido, pero sabes quién es el autor y estabas limpiando la caja para que yo no pudiera tomar las huellas dactilares.

PAL. ¿Dactil... qué?

WELLS Acabemos. A ver qué llevas en los bolsillos.

PAL. Bueno. Regístreme usted, pero cuidado con las cosquillas. (Wells registra a Palomo. Este, de un modo burdo, para que Wells lo note, tira hacia la parte exterior del mirador un rollo de papel.)

WELLS ¡Ah, granuja! (Corre hacia el mirador.) Pero no te ha valido de nada, porque el cristal estaba cerrado y no ha caído a la calle.

(Mientras mister Wells se vuelve para ir hacia el mirador, Palomo saca del bolsillo del pantalón un papelito del tamaño de una tarjeta, le hace una bola y se lo traga.)

PAL. Bueno, mire usted lo que es...

WELLS ¡Un cigarro puro!

PAL. Había tenido la debilidad de cogerle de la caja esa que está ahí encima para picarle...

WELLS ¿Y por qué le tirabas?

PAL. ¡Como se estaba usted poniendo así... no fuera que me mandase a la cárcel!...

WELLS Y te mandaré. Vaya si te mandaré... Estate aquí... Sin moverte.

PAL. Sí, señor.

WELLS Mucho cuidado.

(Wells vase y Palomo queda de pie, riendo a hurtadillas, en el centro de la escena. Se hace el oscuro. Unos segundos de intermedio.)

SEGUNDA PARTE

(Aparece PALOMO entre dos POLICEMANS. Un momento de pausa. Luego entra ENRIQUE DE QUIROS.)

ENR. (Sorprendido.) ¿Palomo?... ¿Qué es esto?

POL. 1.º Está detenido.

ENR. ¿Por orden de míster Wells?

PAL. No, don Enrique. Es cosa de este poli... Mírele usted el uniforme. (El uniforme del policeman está cubierto de puntos blancos.) Es el de las bolitas.

POL. 1.º El groom ha estado toda la mañana tirándome bolitas de papel mascado.

POL. 2.º Yo he logrado verle, y ahora cuando ha bajado a la calle le hemos detenido.

ENR. Déjele usted en libertad bajo mi responsabilidad.

POL. 1.º Imposible. ¿Y el prestigio del uniforme?

PAL. Con un cepillo recobra el prestigio en seguida.

ENR. Merecías que te dejase llevar a la cárcel y que allí te dieran una paliza.

POL. 1.º Eso no es costumbre en los Estados Unidos.

PAL. ¿Pues qué me van a hacer? ¿Me van a electrocutar por achagar a un poli?

POL. 1.º No, pero el uniforme me lo tiene que pagar su padre.

PAL. ¡Su madre!

WELLS (Entrando con MISTER BOOBAR.) ¿Qué es esto?

ENR. Nada. Estos policemans que han detenido al groom porque el muchacho, que es muy revoltoso, les estaba tirando bolas de papel mascado... Como este chiquillo se ha criado en Madrid...

WELLS ¿Pero es que en Madrid es costumbre tirar bolitas a los guardias?

PAL. ¡Anda! ¡Y otras cosas!

WELLS Bien, bien. Déjenle ustedes, Váyase por el mal rato que antes le he hecho pasar interrogándole.

ENR. ¿Le ha interrogado usted?

PAL. Sí. Lo menos se había creído que yo era un Fantomas en miniatura.

WELLS El caso es que por culpa suya no podemos tomar las huellas dactilares. (A los policemens.) Retírense. (A Palomo.) Y tú vete también y procura ser más formalito.

PAL. (Aparte a Wells.) No le vaya usted a decir lo del cigarro.

WELLS Se lo diré para que te tire de las orejas.

PAL. Pues entonces voy a coger otro cigarro, que como el que tenía se lo ha fumado usted...

WELLS ¡Anda a tu puesto!

JAMES ¿Quiere usted que bajemos a la oficina?

WELLS No. Doy por terminada esta visita de ins-

pección y lo mismo los interrogatorios. Este robo me parece cosa de milagro. No encuentro una huella, un detalle... Nada que me permita deducir... De todos modos, confíe en nosotros. Puedo asegurarle que ni una sola piedra ha sido vendida.

ENR. A ver si tiene usted más fortuna en el asunto de Clara Moore.

WELLS Ahí, por desgracia...

JAMES ¿Es segura la culpabilidad del hijo de míster Curtis?

WELLS Acabamos de someterle a un interrogatorio. Ante el juez de instrucción se obstinó en no decir nada. Luego, a mi solo, me dijo estas palabras: «Le juro por mi honor, que soy inocente, pero no puedo justificarme. Si usted demuestra mi inculpabilidad le entregaré quinientos mil dólares.

ENR. ¡Oh, se le presenta a usted una bonita ocasión de hacerse rico! Un millón que ofrece míster Boobar, quinientos mil dólares de míster Curtis... ¡Una verdadera fortuna. Animo, ánimo Wells. Me conviene que mis compañeros de pocker sean gente rica...

JAMES ¿Y tiene usted alguna esperanza de poder probar la inocencia de Abraham Curtis?

WELLS Todo le acusa. Hemos comprobado las huellas de sus botas nuevas de piso de goma desde el sitio en que saltó por la verja a la ventana del cuarto de baño, por donde entró en el hotel... De no ser él quien mató a Clara Moore, deduciendo por el silencio caballeresco que se empeña en guardar, habría que pensar en un crimen por celos... La doncella de Clara Moore, la única persona que por la noche se quedaba con ella en el hotel al terminar el trabajo el resto de la servidumbre... pero ha desaparecido.

JAMES Tal vez sea cómplice..,

WELLS No. Cómplice, no. Si acaso facilitó la entrada a alguna persona que entró por la puerta de la fachada a la calle sin pasar por el jardín... Pero, en fin, todo esto son deduciones prematuras. Quiere usted, míster Boobar, que venga el juez a tomarle declaración o prefiere usted pasar por el tribunal.

JAMES Iré yo mismo. Así causaré a ustedes menos molestias.

WELLS Pues, vamos entonces. ¿Viene usted también, míster Quirós?

ENR. No, tengo aun bastante que hacer aquí.

WELLS Buenas tardes. (Sale con míster Boobar.)

(Un segundo después de desaparecer Wells y Boobar entra ARABELLA, agitadísima, descompuesta.)

ARAB. ¡Oh, Enrique, me devoraba la impaciencia!

ENR. ¡Miss Arabella, por Dios! Tranquilidad. ¡Qué bien he hecho en alejarla! Nos hubiese comprometido su agitación... Vamos, sientése aquí... Serénese.

ARAB. ¡Usted me cree culpable del asesinato de Clara Moore!

ENR. De haber concebido esa torpe idea, inmediatamente la hubiese ahogado mi corazón... Sé que es usted inocente.

ARAB. Pero, ¿no ha dudado usted?

ENR. Ni un momento... Además, ¿cómo dudar, si tenía la prueba?

ARAB. ¿La prueba?

ENR. Sí... El collar de rubíes de la reina María que Elisabeth entregó esta mañana a míster Boobar.

ARAB. ¡Ah!

ENR. Solo me faltaba saber lo que usted me ha dicho antes para aclarar todo el misterio.

ARAB. ¡Ella!... ¡Ella!...

ENR. ¿Dónde está?

ARAB. Apenas ha salido de sus habitaciones desde esta mañana, pretextando gran dolor de cabeza... ¡Oh, pero es horrible, horrible!... ¡Ella!... ¡Desgraciada... Dígame usted, míster Quirós, que es un error... que podremos salvarla...

ENR. Sí... es preciso... Hágala usted venir. Espero un momento. Vamos despacio. ¿Qué hicieron ustedes anoche? Recuerde bien y con detalles.

ARAB. Cuando usted se marchó con míster Wells y papá nos dejó para ir al teatro, yo que no tenía gana de salir como otras noches en compañía de mistres Spencer para ir al cinematógrafo o a la tertulia de alguna amiga, pues estaba algo fatigada del largo paseo a caballo de por la tarde, me retiré. Leí un rato.

ENR. ¿Apesar de estar despierta no oyó nada?

ARAB. No. Mi dormitorio está bastante aislado y

lejos del de Elisabeth... Ella salió sola, en el automóvil pequeño que papá tiene destinado casi exclusivamente a nuestro servicio.

ENR. ¿Y a dónde dijo que iba?

ARAB. Como casi todas las noches que yo salgo con mistres Spencer o que no vienen amigas, dijo que iba a casa de madame Bonot, una señora francesa que vive aquí, en la segunda Avenida, presidenta de una Sociedad benéfica, donde se reunen todas las veladas muchísimas señoras con el pretexto de confeccionar ropas para los pobres.

ENR. ¿No sabe usted a la hora que volvió?

ARAB. No.

ENR. Lo averiguaremos. ¿No había usted notado la falta de la pistola?

ARAB. No. Ayer tarde la llevaba como suelo llevarla cuando salgo a caballo o conduciendo el auto, pues comprenderá usted que en lo que le dije había mucho de broma. Al cambiar de traje la dejé en el cajón de mi tocador, según costumbre... Ahora acabo de mirar ¡y claro! no está.

ENR. (Que hojea el libro de teléfonos.) Dígame usted el nombre de un amigo de mis Elisabeth que no sea de madame Bonot.

ARAB. ¡Oh, muchos! Con madame Bonot no tenemos gran trato... Míster Day no conoce seguramente a madame Bonot.

ENR. (Que ha descolgado el aparato.) 89-91-5.º... ¿Es la casa de madame Bonot?... Míster Day, un amigo de miss Elisabeth... Deseaba saber si está ahí... Quiero hacerle entrega de un donativo... ¿No estuvo anoche?... ¿Un momento nada más, dice usted?... ¿Está usted segura? porque creyendo que pasaría ahí la velada no fuí a visitarla. ¿Nada más que entrar y salir?... Muchas gracias.... (Cuelga el aparato.)

ARAB. ¡Ah! estuvo, estuvo en casa de madame Bonot...

ENR. Sí, pero un momento nada más. No hizo más que entrar y salir, según acaban de decirme.

ARAB. ¿Y qué?...

ENR. Que a pesar de eso, el automóvil estuvo desde las nueve hasta después de las doce parado ante la puerta de la casa de madame

Bonot, guardando fila con otros cuatro o cinco coches.

ARAB. ¿Cómo lo sabe usted?

ENR. Porque le ví. Míster Boobar nos ofreció ese automóvil a míster Wells y a mí para ir al Club. Rehusamos y luego, al retirarme a casa, le ví parado en la segunda avenida.

ARAB. Vamos a interrogar a la doncella.

ENR. Sería peligroso...

ARAB. Es discreta.

ENR. No importa. La pondríamos sobre aviso, la haríamos sospechar... y luego, si algún día los tribunales entendiesen en este asunto...

ARAB. ¡Por Dios!

ENR. Pero hay un medio de saber... Palomo, el groom, es un muchacho avispado y de absoluta confianza. (Llama.) El le interrogará y averiguaremos lo que nos interesa (A PALOMO que se presenta.) Palomo, ya sabes que me he metido a detective...

PAL. Sí, señor. Ya lo sé.

ENR. Y necesito que tú, que tan incondicionalmente quieres servirme, me ayudes.

PAL. ¡Pues sí que vamos a ir muy lejos!

ENR. Lo que tienes que hacer es muy sencillo.

PAL. Menos mal.

ENR. Con cualquier pretexto llamas aquí a Dolly, la doncella, y sin que ella se dé cuenta de que la estás sometiendo a un interrogatorio, tienes que preguntarle a que hora regresó anoche miss Elisabeth, que traje llevaba puesto, y si trajo los zapatos manchados de lodo.

PAL. ¿Nada más?

ARAB. Y si venía tranquila o agitada...

ENR. Miss Arabella y yo estaremos ahí en ese diván. Tú llévatela hacia el mirador para que no pueda vernos. Anda.

PAL. En seguida. (Vase.)

ENR. Coloquémonos aquí.

ARAB. ¡Qué intranquila estoy!... ¿Usted sospecha?

ENR. Yo no sospecho nada... ¡chist!

PAL. Pasa, pasa aquí.

DOLLY Pero lo que sea, ¿no puedes decírmelo en el hall?

PAL. No. Es secreto y como aquí no hay nadie podemos hablar tranquilos.

DOLLY ¿Es que vas a hacerme una declaración de amor?

PAL. ¡Ya l'ha dao!

DOLLY ¿Qué dices?

PAL. Nada. Una frase que decimos en Embajadores, Street (Stri), pero no hagas caso.

DOLLY Vamos, acaba.

PAL. Que estoy muerto por tus pedazos.

DOLLY ¿Cómo por mis pedazos?

PAL. Quiero decirte que por tí estoy loco, que por tí no duermo, que por tí no como...

DOLLY ¡Jesús! ¡Vaya un niño precoz!

PAL. Oye, oye, que no soy tan niño, que he cumplido los quince años.

DOLLY ¿Quince años?

PAL. No lo digo, porque no me gusta presumir.

DOLLY Pero eres muy poquita cosa.

PAL. ¿Poquita cosa? ¡Y tú qué sabes!

DOLLY Bueno, cuando tengas veinte años o veinte mil dólares, entonces hablaremos.

PAL. Todas, todas sois lo mismo... Cuando tenga veinte mil dólares... Cuidado que sois interesadas las norteamericanas. ¿No os habéis dado cuenta de que nosotros, los españoles, despreciamos el dinero?

DOLLY Bueno, bueno. No me hagas perder más tiempo.

PAL. ¡Si tú vieras cómo te quiero yo y los celos que tengo!

DOLLY ¿Sí?

PAL. Hoy mismo he entrado en el cuarto de miss Elisabeth y he visto una cosa que ha hecho que se me pongan los pelos de punta y que afile la navaja que llevamos todos los españoles.

DOLLY ¿Qué has visto?

PAL. Que anoche, cuando todos se acostaron, tú saliste para irte de picos pardos.

DOLLY Eso no es cierto.

PAL. ¡Vaya! A mí no se me escapa nada. He visto el abrigo de miss Elisabeth chorreando.

DOLLY ¿Y eso qué tiene que ver?

PAL. Que yo sé que tú, siempre que haces una escapada, te pones la ropa de tus amas.

DOLLY La de miss Elisabeth casi nunca.

PAL. ¿Por qué?

DOLLY Porque apura mucho los vestidos. Me pongo los de miss Arabella, que son mejores y siempre nuevos.

PAL. ¡Te estás colando y no lo notas!

DOLLY ¿Cómo?

PAL. Que te la has buscao, pero dime: ¿no es cierto que el abrigo de miss Elisabeth estaba esta mañana chorreando agua?

DOLLY Eso sí es verdad. También me extrañó a mí cuando le cogí para limpiarle y guardarle.

PAL. ¿Y los zapatos? ¿También me vas a negar que te pones los zapatos?

DOLLY Menos que los vestidos.

PAL. No mientas, que los he visto llenos de barro.

DOLLY Y completamente inservibles. Como que eran unos zapatitos de tisú haciendo juego con el vestido, y ha andado con ellos por un lodazal.

PAL. ¿Y me quieres hacer creer a mí que miss Elisabeth, teniendo su automóvil iba a salir anoche a pisar barro y a calarse por el gusto de darme a mí celos.

DOLLY ¡Yo qué sé! Vino después de las doce; al entrar para desnudarla me dijo que me retirase, que aún tardaría en acostarse, y la verdad, como yo tenía mucho sueño no me fijé en si venía mojada ni con los pies llenos de barro.

PAL. Sí, sí; ¡buena estás tú!

DOLLY Pero, ¿es que tienes tú derecho a pedirme cuentas. ¡Vaya con el mocoso!

PAL. Bueno, bueno; pero anda con cuidado, que tengo mi navajita, y como me seas infiel te voy a pintar un jabeque en la cara.

DOLLY Lo que voy a hacer yo es decirle a míster Boobar la prenda que tenemos en casa.

PAL. Y yo le diré a miss Arabella las prendas que tú te pones.

DOLLY Puedes hacer lo que quieras. ¡Vaya una monada de niño! (Vase.)

PAL. Anda, anda con Dios, que tú no eres una americana para mi medida.

ENR. (Que con miss Arabella, sentado en el diván de debajo de la ventana, ha escuchado atentamente todo el diálogo.) Muy bien, Palomo.

PAL. ¿La he hecho desembuchar todo lo que usted quería?

ENR. Todo. Puedes retirarte. Antes ve tú mismo a las habitaciones de miss Elisabeth y dile que su prima necesita hablarla.

PAL. En seguida. (Mutis.)

ARAB. ¡Qué horror, Dios, mío qué horror!... ¡Ha

sido ella!... ¡No hay duda de que ha sido ella!... Seguramente yo no he podido interceptar todas las cartas y anónimos que esa desgraciada le dirigía... y tal vez Murphy, al verse sin salvación se lo confesó todo. Y ella, que le ama de un modo inconcebible, fué a casa de Clara Moore para rescatar el collar... Ella se lo dió a mi padre, diciendo que Bisset se lo había entregado... Pero, ¿cómo, por muy ciega que sea su pasión, ella tan noble, tan buena, ha podido llegar al crimen?...

ENR. (Que reflexiona.) Sí... Es mejor.

ARAB. ¿Qué?

ENR. Interrogue usted sola a miss Elisabeth.

ARAB. ¿Yo?... No sé si sabré... No sé si podré.

ENR. Es preciso. Estréchela a preguntas. Sólo ella puede aclararnos el misterio... Es más fácil que tenga una confidencia con usted que conmigo, y necesitamos a toda costa que confiese para poder salvarla... Yo estaré ahí, en la biblioteca.

ARAB. Pero, Enrique, ¿usted cree?...

ENR. Ya viene.

ELIS. (Pálida, deprimida, abatidísima.) ¿Qué me querías? Tengo una fuerte jaqueca, algo de fiebre, y por eso me había recluído en mis habitaciones.

ENR. Perdone que la hayamos molestado.

ELIS. Oh, míster Quirós. No le había visto... Estaba en la oscuridad y vengo aturdida.

ENR. Miss Arabella tiene que hacerla a usted algunas preguntas.

ELIS. ¿A mí?

ENR. Sí. ¿Se olvida de que he sentado plaza de detective? Miss Arabella se ríe mucho, pero se presta a secundarme. ¡Estamos empeñados en descubrir al autor de ese mágico robo!

ELIS. ¡Ah!... ¿Y en qué puedo ilustrarles yo?

ENR. Miss Arabella se lo dirá. Hasta después. (Vase.)

ARAB. Siéntate.

ELIS. No sé... No entiendo...

ARAB. Tiene razón míster Quirós. Tal vez tú oyeras algún ruido, hayas notado algo... ¿A qué hora te acostaste?

ELIS. A las doce... Doce y media...

ARAB. ¡Cómo! ¿Y solo estuviste un momento en casa de madame Bonot?

ELIS. Es cierto... Ya me comenzaba la jaqueca... Di un paseo.

ARAB. ¿Andando?

ELIS. No... en automóvil.

ARAB. El automóvil que llevaste permaneció tres horas en la puerta de madame Bonot...

ELIS. Si... Pasee con una amiga de madame Bonot...

ARAB. Andando...

ELIS. No, en automóvil.

ARAB. Andando. Tus zápatos de raso están llenos de lodo.

ELIS. Pero, ¿qué significa esto, Arabella? ¿Por qué me interrogas así? ¿Por qué me miras de ese modo y tienen tus palabras un acento tan extraño?

ARAB. Porque es preciso que me lo digas todo. ¡Todo! Habla. Estamos solas. ¿A dónde fuiste anoche?

ELIS. No puedo... No puedo decírtelo... No me preguntes, Arabella, no me preguntes... No puedo decírtelo.

ARAB. ¿Quieres que te lo diga yo?

ELIS. ¿Tú?

ARAB. Sí... Saliste de casa de madame Bonot, dejando a la puerta el auto, y andando, para que nadie te descubriese, fuiste... fuiste a un apartado y aristocrático barrio...

ELIS. ¡Oh!

ARAB. Fuiste al hotel de Clara Moore.

ELIS. ¡Ay! ¡¡¡Por la memoria de tu madre, calla, Arabella, calla, por Dios!!!

ARAB. ¿Qué fuiste a hacer allí, desdichada?

ELIS. No... No puedo decírtelo... (Muy nerviosa, casi convulsa.) ¡Déjame, Arabella, déjame, déjame!

ARAB. Esa mujer ha sido asesinada...

ELIS. ¡Oh!

ARAB. Mister Quirós ha encontrado allí mi pistola... Tú la habías cogido de mi tocador.

ELIS. ¡Ay!... (Cae desmayada.)

ENR. (Saliendo.) ¡Basta, por Dios!

ARAB. ¡Se ha desmayado!... ¡Está convulsa... yerta!

ENR. Lo estaba temiendo... Iba usted demasiado deprisa. (Llama.) Pronto. Llévela a su cuarto. Ahora sobrevendrá una crisis de lágrimas...

Aprovéchela usted para, con cariño, con dulzura, hacerla decir la verdad a toda costa. Necesitamos la verdad a toda costa. (A PALOMO, que entra.) Llama a Dolly. (Vase Palomo.)

ARAB. ¡Ha sido ella!... ¡Ha sido ella!

ENR. ¡Quién sabe!

ARAB. ¿Qué dice usted?

ENR. ¡Quién sabe! (Entra DOLLY.) Vamos, en la misma butaca podemos llevarla. Así. (Se llevan a Elisabeth, desmayada.)

(Queda la escena sola un momento y en seguida aparece MISTER WELLS, precedido de un CRIADO, frotándose las manos muy contento.)

WELLS ¿Dices que no ha venido míster Boobar? Nos separamos hace ya mucho rato y venía...

CRIADO Aquí está. (Entra MISTER BOOBAR y vase el Criado.)

JAMES ¿Usted otra vez, míster Wells?

WELLS ¡Albricias, amigo mío! Desde que nos separamos en el tribunal me ha cundido el tiempo (Entra ENRIQUE DE QUIROS.) ¡Aprenda usted a trabajar!

JAMES Pero, por Dios, explíquese, que estoy impacientísimo!

WELLS Los agentes de mi brigada han trabajado sin descanso secundando mis órdenes, y acaban de comunicarme que hemos triunfado en toda la línea... ¡Ya sé quién es el asesino de Clara Moore! ¡Ya tengo la pista de los autores del robo!

ENR. ¿De veras?

JAMES ¿Es posible?

WELLS Hemos prendido en una taberna del muelle a Pook, el famoso ladrón de cajas de caudales que creíamos en Londres, con tres de su banda. Ahora niega, claro es, pero ya confesarán...

JAMES ¡Vamos, ya respiro tranquilo!

WELLS En efecto, puede usted respirar...

JAMES (A Enrique.) Ha hecho usted lo que se llama una plancha, amigo Quirós.

WELLS !Ah, una plancha completa!

ENR. Sí... sí... Es indiscutible... ¿Y quién es el asesino de Clara Moore?

WELLS Un italiano, que fué amante suyo.

ENR. ¡Ah, ah!

WELLS Le siguen de cerca mis sabuesos y pronto caerá. ¡Y usted, que esta mañana, por poco

nos desorienta empeñándose en que el asesino había entrado por la puerta principal!

ENR. ¡Otra plancha!

WELLS Completa también, ¡completa!

JAMES (Riendo.) Dedíquese a otra cosa, míster Quirós... Como hombre de negocios, original y audaz, nunca hará usted nada, porque es incapaz de saber engañar a nadie, pero como detective...

ENR. ¡Oh, como detective he fracasado por completo! (Rien. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

PRIMERA PARTE

La misma decoración. Luz del día.

—

(Aparece sola la escena. En seguida entra ENRIQUE DE QUIRÓS seguido de PALOMO, al que entrega el bastón, el abrigo y el sombrero.)

ENR. ¿Has avisado a miss Arabella?

PAL. Sí, señor.

ENR. ¿Y míster Boobar?

PAL. Ha salido.

ENR. ¿Está ya míster Murphy en la oficina?

PAL. Tadavía no... Como no se haya quedado abajo al entrar. Pero siempre sube antes a su despacho.

ENR. (Entra miss Arabella.) Retírate.

(Vase Palomo.)

ARAB. ¡Le esperaba con impaciencia!...

ENR. También tenía yo mucha por verla a usted. ¿Cómo ha pasado miss Elisabeth la noche?

ARAB. La crisis nerviosa persistió durante más de dos horas, y después, como usted esperaba, sobrevinieron las lágrimas.

ENR. ¿Y ha hablado?

ARAB. Sí... Pero no sé... Niega...

ENR. Veamos, veamos.

ARAB. Me confesó lo que ya sabíamos y que ella creía que era un secreto, esto es, los amores de Murphy con Clara Moore. Como yo temía, a sus manos llegaron dos cartas de esa mujer que yo no pude interceptar como

las otras. Habló con Murphy y éste le reveló lo del collar.

ENR. Entonces, ¿ella lo sabía todo?

ARAB. Sí. Murphy no le ocultó nada. Anteanoche, anonadado, después de comer, le confesó que todas sus gestiones para recuperar el collar habían sido inútiles, y que por eso había tenido que mentir ante mi padre diciéndole que había encontrado cerrado el departamento de cajas del Banco...

ENR. ¿Y miss Elisabeth le ofreció ir ella misma a rescatar la maldita alhaja?

ARAB. Se lo propuso, pero él lo rehusó... Le dijo que tenía alguna esperanza... Después, ella, al vestirse para ir a casa de madame Bonot, creyendo materialmente perdido a Murphy a la mañana siguiente y por lo tanto deshecha su felicidad, como le ama de un modo extraordinario, volvió a ocurrírsele la idea, y decidida a todo, cogió la pistola de mi tocador...

ENR. Y bien. Siga usted.

ARAB. Es imposible saber de un modo cierto lo que pasó luego. Ella asegura que después de suplicar hasta humillarse ante Clara Moore pidiéndole que le devolviese el collar que representaba la deshonra de Murphy y la desgracia de los dos, la infame mujer se mofó de ella y en su presencia se colocó el collar para mayor escarnio... Elisabeth, entonces, en un momento de exaltación, empuñó la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo... pero a la pobre niña le faltaron las fuerzas y se desmayó como aquí ayer tarde... Añade que cuando recobró el sentido se hallaba recostada en el tronco de un árbol, en la calle, a la puerta del hotel... La doncella de Clara Moore, que la sostenía, al verla abrir los ojos se retiró, cerrando la verja entre palabras de burla. Vagó por las calles durante largo rato. Supone que la pistola se la metieron en el bolsillo del abrigo al expulsarla del hotel, y que por eso usted la encontró en la puerta...

ENR. No.

ARAB. Esa misma deducción he hecho yo, pensando que la pistola tiene dos cápsulas disparadas...

ENR. Acabo de presenciar la autopsia. Es indudable que Clara Moore ha sido muerta con la pistola de usted.

ARAB. Sí, sí No hay duda. Por mucho que nos esforcemos, la verdad se impone. ¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella! El corazón quiere engañarnos. No nos hacemos a la idea de que esta infeliz criatura tan tierna, tan niña, haya cometido un crimen, pero los hechos cruelmente nos lo demuestran.

ENR. Los hechos no nos demuestran nada.

ARAB. Entonces no queda más que la posibilidad de que haya sido Murphy... Porque supongo que esa pista que papá me dijo anoche que había encontrado Wells...

ENR. Una fantasía. Pero comprenderá usted que me convenía mucho dejarle en su error.

ARAB. Creo que se rió de usted.

ENR. No, yo me reía y él lanzaba las carcajadas. Así disfrutamos los dos mucho. Pero dígame: ¿cómo justifica Elisabeth la presencia del collar?

ARAB. Asegura que Bisset vino a primera hora de la mañana, se lo entregó y se marchó en seguida con el pretexto de hacer varios encargos de mi padre.

ENR. Pero ella, que había estado en el hotel de Clara Moore, que sabía la resistencia... que pocas horas después tuvo conocimiento del crimen...

ARAB. Cuando se llega a este punto se encierra en la más completa negativa. Jura exaltadísima que ella es inocente, que los hechos pasaron como los cuenta, y si entonces se acusa a su prometido, llora, suplica... Y yo no sé... No acierto a deducir si es que no se atreve a confesar el crimen o es que teme perder a Bisset... Esta es mi duda. Pues no me atrevo a repetirle que creo que ha sido ella...

ENR. ¿Vino anoche Murphy?

ARAB. Como de costumbre. Al saber que Elisabeth estaba indispuesta, se interesó mucho y se retiró en seguida.

ENR. ¿Y no observó usted nada en él?

ARAB. Nada. Tenga en cuenta que Bisset es hombre de una gran sangre fría. Además, yo no había conseguido aún hacer hablar a

Elisabeth... Al mismo tiempo, tanto a mi padre como a él, les dije que la indisposición era pasajera, según usted me había recomendado.

ENR. Ahora es preciso que vuelva usted a su lado. No hable usted nada del asunto. Anímela. Dele algún estimulante. Tiene que reanudar su vida ordinaria para que nadie sospeche.

ARAB. ¿Y qué vamos a hacer, Enrique? Estamos ante un horrible dilema. O dejar que pese la acusación sobre un inocente, sobre ese desgraciado Curtis, que se ve en este trance por mi culpa, o acusar a Elisabeth, a mi prima, casi mi hermana... ¡Oh, creo que me voy a volver loca!

ENR. ¡Calma, calma!

ARAB. No puedo, Enrique, no puedo. Quisiera tener, como usted, el convencimiento de su inculpabilidad. Daría... ¡qué se yo!, media vida porque la pobre Elisabeth fuese inocente...

ENR. Pues lo es.

ARAB. Sólo Murphy podría decirlo, pero entonces tendría que acusarse él.

ENR. Ya veremos. Por el momento, no pienso preguntárselo.

ARAB. ¿Quién puede hablar entonces?

ENR. La doncella de Clara Moore. ¿No sabe usted que ha desaparecido? Míster Wells no ha dado importancia a este detalle. Yo, en cambio, he logrado averiguar que en Nueva York no tiene mas que un solo pariente: míster Guild, el encargado del contoir del Hotel de Europa, y que estaba al servicio de Clara Moore por recomendación de Bisset Murphy.

ARAB. ¡Dios le ilumine a usted!

ENR. Vuelva al lado de miss Elisabeth. No la deje sola. Una indiscreción podría ser gravísima.

ARAB. Avíseme en cuanto haya algo nuevo.

ENR. Descuide. (*Vase Arabella. Enrique de Quirós descuelga el auricular del teléfono.*) 88-30-2.ª... ¿Es el Hotel Europa?... ¿Está miss Guild... Entonces quiero hablar con su hermano. Dígale que se ponga un momento al aparato, que le llama míster Bisset Murphy...

PAL. (En la puerta intentando cortar el paso a MARI BIANCHI. Este es un tipo original. Representa más de cincuenta años, aunque sólo tiene cuarenta. Es un hombre gastado, agotado por la morfina y el alcohol y envejecido por el dolor. Su ropa ha sido buena y elegante, pero está vieja y descuidada. Su rostro y sus ademanes tienen ese rasgo característico de las personas de origen elevado que han caído en la relajación y el envilecimiento. Se expresa torpemente, perturbado por el alcohol y la morfina y habla con acento italiano.) Le he dicho a usted que no está.

BIANCHI Sí... Está... Viene a esta hora Yo lo sé...

ENR. (De espaldas a la puerta, hablando por el teléfono.) Con míster Bisset Murphy... ¡Si soy yo, Murphy!...

BIANCHI ¡Ah, per fin! (Rápido se lanza violentamente sobre Quirós, y por la espalda le atenaza las manos al cuello) ¡Te mataré! ¡Canalla!... ¡Asesino! (Luchan, llevando Enrique la peor parte por no poder defenderse. Palomo acude en auxilio de Quirós, y bien dando un golpe en la cabeza de Bianchi con el bastón que deja caer al abalanzarse sobre Enrique o sujetándole los brazos por detrás, da tiempo a Quirós a sacar un revólver.)

ENR. (Haciendo caer a Bianchi sobre una butaca.) ¡Quieto! (Le apunta al pecho.)

BIANCHI ¡Matame también a mí, canalla!

ENR. ¿Qué dice éste hombre?

PAL. Debe estar loco.. Cree que es usted míster Murphy.

ENR. ¡Ah!

BIANCHI ¿Eh?... ¿No es él?

ENR. No. Sal. (A Palomo) Que nadie entre.

PAL. Pero...

ENR. No tengas miedo. ¡Y gracias, hombrecito! (Le tiende la mano, que Palomo estrecha.) Anda.

PAL. ¡Y me llamaba poquita cosa la doncella!

ENR. Anda, déjanos. (Vase Palomo. A Bianchi, que hace intención de levantarse.) ¡Quieto he dicho! (Amenazándole siempre con el revólver.) Cuidado con moverse.

BIANCHI Perdonate, signore... Me he equivocato.

ENR. ¡Caramba con la equivocación! Si no es por ese muchacho, me cuesta la vida. Y la explicación después de muerto, no me hubiera satisfecho... Ya que se ha molestado usted en venir a visitarme, vamos a hablar un ratito.

BIANCHI Yo no tengo nada que parlar con usted... Venía buscando a míster Murphy... Disculpe, signore... La desgracia me ha hecho morfinomano... Sonno alcoholico... Per questo me ve así... Disculpe... Entré ciego, le oí decir que era Murphy... estaba de espaldas... Disculpe, signore... Sonno un desgraciado. Déjeme salir...

ENR. No, no. Comprenderá que a esta visita de cortesía soy yo, y no usted, el indicado a penerle término. ¿Por qué quería usted matar a míster Murphy? Hable.

BIANCHI ¡Miserable!

ENR. ¡Hable!

BIANCHI ¡No!

ENR. Bien... Llamaré para que le entreguen a la policía, que le anda buscando para pedirle cuentas del asesinato de Clara Moore.

BIANCHI ¿A mí?... ¿Io el asesino de mi Clara?... (Trémulo, convulso, casi en una crisis.) ¡Io el asesino! ¡Io el asesino! Infamia.. infamia... Me tornaré loco... (Vuelve a quedar deprimido, con la mirada vaga, como idiotizado.)

ENR. Vamos. Hable.

BIANCHI No, no. Usted es un amigo de esa canalla y quiere culparme a mí del crimen... A mí, ¡que la amaba! ¡que la amaba!...

ENR. Yo sé que usted es inocente, pero necesito que me lo diga todo.

BIANCHI Pero... Déjeme, signore, que piense... Me cuesta mucho trabajo el pensar... Soy un desgraciado...

ENR. La policía es la que le cree a usted autor del crimen, y por eso le persigue.

BIANCHI ¡Oh! ¿Es por eso? ¿Es por eso por lo que soy perseguido como fiera?... No, no, io le juro, signore, que no... ¡Matarla io a ella! ¡Imposible!... Antes, antes debí haberla matado y no pude... La amaba.

ENR. Vamos, dígamelo usted todo. (Se acerca a la puerta.) Palomo. (Entra PALOMO en seguida.) ¿Qué hacías detrás de la puerta?

PAL. Por si acaso me llamaba usted.

ENR. No me gusta ese vicio. (Le dá un recado en voz baja y Palomo se va.) Hágase cuenta que está hablando con un amigo... Tal vez pueda serle muy útil, pero tiene usted que decirme la verdad. Toda la verdad. (Entra PALOMO con

una botella de whiski y una copa, que Enrique le toma. Palomo se va.) Beba usted.

BIANCHI Sí... Me hace falta... Me hace falta... Llevaba mucho tiempo sin beber. (Bebe con ansia.)

ENR. ¿Usted fué amante de Clara Moore?

BIANCHI (Reanimado por el alcohol.) Sí. Dos años. A poco de llegar de Italia me enamoré de ella. Io vine a representar la casa de banca de Guidotti de Génova... La conocí... Tutta mi fortuna que era mucha... tutto lo que ganaba... fué para ella... La ruina... la quiebra... Cuando ya nada tenía, cuando estaba acosado per las deudas, ella me despidió come a un criado... come a un perro... Y sin embargo, io la amaba, la amaba come nunca... Apesar de ser io ya pobre mal mirato... ella me tenía lástima y me admitía, me permitía tornar a su casa de cuando en cuando. Io tomaba morfina, mucha morfina y era feliz... Pero también sufría mucho de celos porque la quería... Deme, signore... (Enrique le sirve.) De pronto ese odiado Murphy se atravesó en mi vitta... Ella se enamoró de él. Le hizo su amante de corazón y me cerró a mí para siempre la porta... ¡Ah, canalla!... ¡Maledelto! ¡Maledelto!

ENR. ¿Está usted seguro de que ha sido él?

BIANCHI ¡Oh, sí! .. Entré y casi pude verlo.

ENR. Dígame, dígame.

BIANCHI ¡Oh, non posso, non posso!

ENR. Bien. La policía se encargará de averiguarlo.

BIANCHI No, no. La policía no sabrá nada ¡nada! Io me matare antes. Sin ella nada me importa la vitta... No quiero ser más deshonrao aún. No quiero sufrir más. (Se retuerce convulso murmurando palabras incoherentes.) ¡Oh... oh!...

ENR. Elija. Si habla, si me lo cuenta todo, le doy palabra de honor de que dentro de cinco minutos estará usted libre. Si persiste en esa actitud le entregaré...

BIANCHI ¡Oh!...

ENR. Vamos... (Le da de beber.)

BIANCHI Per ella... tutto ha sido per ella... Cuando iba a tenerla otra vez... cuando iba a ser sólo mía, él me la mata... ¡Io había robado para ella!

ENR. ¡Ah, ah

BIANCHI Los Guidotti me habían remitido un cheque con un socorro para regresar a Génova... Io necesitaba danaro, molto danaro para ser otra vez amo de ella... Falsifiqué el cheque. ¡Podía tener cien mil dólares!... Fuí. No quiso recibirme... Le escribí diciéndole: «Tengo otra vez mucho danaro.. Huiremos juntos para ser felices...» Tampoco me entendió... Entonces compro a la doncella para que me franquease la entrada cuando estuviese sola... Esperé, esperé toda la noche en la lluvia muriéndome de impaciencia, de celos... El estaba dentro. Por fin salió, echó a correr... Io fuí a entrar y me encontré a la porta a la doncella que me dijo: ¡Huyamos. La ha matado!... No sé... Quedé aturdido... Subí... ¡Ah!... ¡Qué horrible! Non posso ricordarlo... (Atormentado se tapa la cara.) Tendida en el suelo estaba ella... ¡Morta!... ¡Morta mi Clara!... No pude reanimarla. No pude darle vitta .. Sobre el cadáver juré vengarla. Matar a su asesino y matarme io... Perduto... Deshonrado... sin ella. Déjeme, signore, que la vengue... Después hará de mí lo que quiera... Me mataré. Tengo que matarme.

ENR. Desista de esa venganza que es ya imposible. Murphy ha huído. Está ya muy lejos de Nueva York... Si usted no huye también caerá en manos de la policía que le persigue creyéndole el asesino... No podrá probar su inocencia...

BIANCHI ¡Y me condenarían, me condenarían como asesino!... ¡No, no! ¡Todo antes que verme acusado de haberla dado muerte!

ENR Pues huya. Cumpliendo mi palabra, le dejo libre la salida.

BIANCHI Pero me persiguen... Me buscan... Por milagro he podido escaparme.

ENR. Huya. Tiene usted dinero...

BIANCHI No. No tengo dinero... El cheque está falsificado pero sin cobrar aún... Le tienen en el Banco... Si me presento me cogeran.

ENR. Huya.

BIANCHI Sí... Porque la veo... La veo allí... Muerta... ¡de su pecho sale sangre!... Me mira con sus ojos sin vitta!... ¡No!... Luz... Mucha luz... Ayer lo mismo... Sólo con mucha luz dejo de verla... ¡Clara!

ENR. Salga... Salga... Venga. (Se levanta y le lleva hacia la puerta.)

BIANCHI ¡Luz, mucha luz!... (Mutis. Enrique vase acompañándole.)

(QUIRÓS vuelve en seguida. Recoge los papeles que se cayeron del «bureau» durante la lucha y que han quedado esparcidos por el suelo. Cuelga el aparato del teléfono y llama al timbre. Se presenta PALOMO.)

ENR. ¿Ha salido ya?

PAL. Sí, señor. Echó a correr al llegar a la escalera.

ENR. ¿Ha venido míster Murphy?

PAL. Hace un momento. Esta en su despacho.

ENR. Dile que haga el favor de pasar.

(De pie, apoyado en el «bureau», cruzado de brazos, espera la entrada de MISTER BISSET MURPHY.)

BISSET Buenos días. ¿Deseaba usted algo?

ENR. Sí. Tenemos que hablar. Hágame el obsequio de cerrar la puerta y siéntese.

BISSET (Tratando de disimular su inquietud con forzada jovialidad.) ¡Ah! Por lo visto se trata de algo detectivesco... ¡Ya me han contado que aspira a ganarse el millón de dólares ofrecido por míster Boobar al que descubra el robo! A que resulta que nos ha venido de Europa un nuevo Sherlokc Holmes. (Riendo.) ¡Supongo que no creerá usted que yo soy el ladrón!... ¡Es celebérrimo este míster Quirós! (Ríe largamente.)

ENR. ¡Basta!... Usted no puede... No debe reír... (Le coge por la mano y le obliga a sentarse.) ¡Desdichado! (Murphy va convirtiendo la carcajada en una mueca y la termina casi en sollozo.) ¿Usted sabe qué horribles consecuencias puede tener su crimen?

BISSET Pero, ¿qué es lo que usted sabe? ¿Qué es lo que cree?

ENR. Sé que usted ha dado muerte a Clara Moore para rescatar el collar... y creo que no puedo permitir que sobre la infortunada Elisabeth pese la acusación de ese crimen.

BISSET ¿Sobre ella? ¡Eso no es posible!

ENR. Lo es. ¿Ignora usted acaso que miss Elisabeth estuvo en casa de Clara Moore una hora antes que usted?

BISSET Sí. Estuvo. Pero no fué enviada por mí. Se lo juro. Me lo dijo, pero creí que mi ruego la haría desistir...

ENR. ¿No se fijó usted en el arma conque dió muerte a Clara Moore?

BISSET Sí. Una pistola pequeña... Con la que según me dijo la había amenazado Elisabeth. La dejó sobre la mesa... La fatalidad la puso al alcance de mi mano cuando ciego, exasperado por la crueldad de aquella mujer que se mofaba de esa inocente criatura y se empeñaba en destruir una felicidad que yo tanto anhelaba, perdí la cabeza y sentí el impulso de matarla...

ENR. Esa pistola la había tomado miss Elisabeth del cajón del tocador de su prima.

BISSET ¡Oh!...

ENR. ¡Y esperaba usted la impunidad!

BISSET ¡No! A ese precio, no. ¡Nunca! ¡Nunca!... ¡Espantoso! ¡Espantoso!... (Transición.) ¡No hay que dudarlo! (Se pone en pie.)

ENR. ¿Qué va usted a hacer?

BISSET Entregarme inmediatamente a la policía... Decir toda la verdad... Acusarme para que ni por un momento más esté acusada miss Elisabeth...

ENR. No es solución. Sólo conseguiría usted lanzar al pasto de la curiosidad pública la figura de esa infeliz niña. Por suerte este drama aún no ha salido de las paredes de esta casa...

BISSET ¿Y qué hacer entonces?... Sólo queda un medio... Un medio que no se si resolvería...

ENR. Lo resolvería todo.

BISSET Pero, ¿usted sabe lo que?...

ENR. Tenga. (Le ofrece el revólver que dejó sobre el veladorcito.)

BISSET ¡He sido un cobarde, un cobarde!... Debí hacerlo inmediatamente... Pero ya no dudo. Ya no espero (Decidido alarga la mano para coger el revólver y Enrique retira la suya.)

ENR. Sí. Espere.

BISSET ¿Cómo?

ENR. Aún tengo una esperanza... Aún puede haber solución.

BISSET ¡Oh, por Dios, hable usted, míster Quirós, hable!

ENR. Nada puedo decirle... Escuche. De aquí irá usted a su casa... Escribe a Elisabeth pidiéndole perdón, despidiéndose...

BISSET ¡Oh!

ENR. Luego, al juez instructor confesando su crimen con todo detalle para que no quede ni la menor sombra por desvanecer...

BISSET Sí, sí...

ENR. Y espera usted hasta la noche. Si a la hora de retirarme yo de aquí no le he llamado por teléfono... (Le da el revólver.)

BISSET Pero... sin verla a ella por última vez...

ENR. Si vuelve usted a ver a miss Elisabeth será para hacerla feliz... aunque usted nunca pueda serlo completamente... Si ella vuelve a verle, será porque pueda creer siempre que usted es inocente... Nada más tengo que decirle.

BISSET ¡Qué horas de ansidad tan horribles voy a pasar!

ENR. La prueba es dura, pero necesaria... Ande.

BISSET ¡Adiós, míster Quirós!

ENR. Confío en esa sangre fría de que antes quería alardear. Ni un minuto antes de las nueve de la noche... Ni oiga usted sonar las diez si no le he llamado. Adiós.

BISSET ¡Así lo haré! ¡Se lo juro!

PAL. (Que ha aparecido y se queda respetuosamente en la puerta dando paso a Murphy.) ¡Había sido él!

ENR. No, Palomo. Escuchas por detrás de las puertas, pero oyes mal. Nò ha sido él.

PAL. ¿No? ¿Está usted seguro?

ENR. Seguro.

PAL. (Remedando a Enrique.) ¡Ah!... ¡Ah!...

(Oscuro. Unos segundos de intermedio.)

SEGUNDA PARTE

(Luz eléctrica. La escena aparece sola. Un instante después de alzarse el telón, un reloj da lentamente nueve campanadas. Otro instante de pausa. Suena el timbre del teléfono colocado sobre el «bureau» y acude PALOMO.)

PAL. (Al teléfono.) ¿Quién?... ¿Míster Murphy?... Soy Palomo, el groom... Míster Quirós no está... Salió hace mucho rato y lo probable es que no vuelva, pues es la hora de marcharnos todos... Adiós, míster Murphy.

ENR. (Entrando precipitadamente.) ¡Espera!... ¡Llámale! (Con desesperación.) ¡Oh, has colgado el aparato!

PAL. Sí. Ya han cortado la comunicación.

ENR. (Cogiendo el aparato.) ¡Murphy!... ¡Murphy!... ¡Por un minuto!..

PAL. Llame usted a la central.

ENR. ¡Déjame!... ¡Central!... ¡Central!... 54-4-2.ª. ¡Pronto!

ARAB. (Entrando.) ¡Enrique! ¿Es cierto lo que dice míster Well? Acaba de entrar y está contando a papá que ha descubierto...

ENR. ¿Que no contesta?... ¡Vuelva a llamar, central! Insista, por favor.

ARAB. ¿Me oye usted?

ENR. (Sin dejar el aparato.) Sí.

ARAB. Dice que está descubierto el asesinato de Clara Moore... Que la dió muerte un italiano antiguo amante suyo, que se ha suicidado esta tarde...

ENR. Sí... ¡Murphy!... ¡Murphy!... ¡Dios mío!... ¡Murphy! ¡Ah!.. ¡Por fin!... ¡Murphy! ¿Es usted? ¡Venga en seguida!... Haremos que míster Boobar nos invite a comer y usted se quedará luego disfrutando de la felicidad de estar al lado de su prometida. ¿Me entiende usted? ¡Adiós! (Cuelga el aparato.) ¡Ah! ¡Qué momentos de zozobra me ha hecho pasar la telefonista!

PAL. (Haciendo mutis.) Esto nos sucede en Madrid y la central nos hace morir del corazón.

ARAB. Pero, ¿puede usted explicarme?...

ENR. De labios de Wells, el famoso policía, podrá usted oir los detalles. Mientras tanto, corra a decir a miss Elisabeth todo lo que sabe y anúnciele que Bisset Murphy vendrá en seguida a besar su mano.

ARAB. Pero...

ENR. Por favor. No prolongue ni un minuto más la zozobra de esa infeliz niña. ¡Al fin va a ser feliz!

JAMES (Cruzándose al entrar con Arabella.) No te vayas, que no has terminado de oir el relato de míster Wells.

WELLS Es que vió entrar corriendo como un loco a míster Quirós y vino tras él creyendo que nuestro nuevo detective podría decirle algo más interesante.

ENR. Tal vez, tal vez, míster Wells. Pero disculpe a miss Arabella, que vendrá en seguida a oir sus proezas.

ARAB. Al instante vuelvo. (Vase.)

JAMES Parece que habla usted con cierta ironía...

ENR. ¡Oh, Dios me libre!... Ya sé, ya sé que míster Wells ha tenido un gran éxito. ¿Me sería posible conocer algún detalle?

WELLS ¿Por qué no? Tengo noticia de que Longín Miles, el agente de mi brigada, le ha contado a usted algo, pero seguramente no conoce lo más interesante.

ENR. Veamos, veamos.

JAMES Siéntense ustedes.

WELLS Ya le dije a usted que sospechaba de un tal Bianchi, súbdito italiano, antiguo amante de Clara Moore, que despechado la asediaba de continuo... Me puse sobre su pista...

ENR. ¿Y cómo se le ocurrió seguirla cuando todo, al parecer, acusaba a míster Curtis?

WELLS ¡Ah, amigo mío! El olfato, el instinto policíaco.

ENR. ¿Y no habrá sido tal vez por haber encontrado entre los papeles de Clara Moore una carta que decía: «Tengo otra vez mucho dinero. Huíremos juntos para ser felices»?

WELLS ¿Eh? (Asombradísimo.) ¿Cómo conoce usted esa carta que sólo yo?...

ENR. ¡Ah, amigo mío! El olfato, el instinto policíaco...

WELLS Es usted desconcertante.

JAMES Míster Quirós, no interrumpa al amigo Wells. Se lo suplico. (Entra MISS ARABELLA.) Siéntate, hija mía, que no has terminado de oír el relato. Siga usted.

WELLS Mi brigada dió en la noche última y durante esta mañana una batida por todo Nueva York. Ese Bianchi, hombre astuto, un verdadero apache, se escapaba de nuestras manos como una anguila. Tres o cuatro veces estuvimos a punto de darle caza y otras tantas logró escaparse.

ENR. ¿Y por fin?

WELLS El gran pícaro no nos ha dado el gustazo de dejarse coger. ¡Era pájaro de mucho cuidado! Al verse perdido prefirió darse muerte, y se ha suicidado arrojándose al paso de un tren en la línea de circunvalación. Ahora

vengo del depósito de presenciar la identificación.

ARAB. ¿Y míster Curtis?

WELLS Ha sido puesto en libertad una vez demostrada su inocencia.

ENR. ¿Y no se sabe por qué había entrado en el hotel de Clara Moore?

WELLS Sí. A fuerza de habilidad le he hecho confesar la verdad. Una aventura galante. Clara Moore, encalabrinada con otros amores, no le hacía caso, y él decidió sorprenderla...

ENR. ¡Ah, ah!... Es maravilloso este míster Wells... ¿Verdad, miss Arabella?

ARAB. Sí... Efectivamente...

JAMES Entonces, ¿ha ganado usted los quinientos mil dólares ofrecidos por míster Curtis si lograba usted probar su inocencia?

WELLS Aquí tengo el cheque.

JAMES Pues ahora, amigo mío, una vez que está libre, a ganarse el millón mío. Después de este éxito confío en usted más que nunca.

WELLS Inmediatamente comenzaré a trabajar. Para eso he venido...

ENR. No se moleste, míster Wells.

JAMES ¿Cómo?

ENR. Yo, aunque me he interesado a la par que usted en el asesinato de Clara Moore, no he descuidado por eso el descubrimiento del robo de los brillantes.

WELLS ¿Y tiene usted alguna pista?

JAMES Sí. Veamos, veamos.

WELLS Algunas veces hay que reconocer que tiene cierta idea...

ENR. Tengo los brillantes en mi poder.

JAMES ¿Qué dice usted?

WELLS ¡Imposible!

ARAB. ¿Es cierto, Enrique?

ENR. Ahora van ustedes a verlo. ¡Palomo! (Entra PALOMO.) Haz el favor de abrir la parte inferior de esa caja; el departamento que no tiene secreto, donde se guardan las copias importantes. (Palomo obedece.) ¿Hay dos saquitos?

PAL. ¡Cómo estos!

JAMES ¡Mis maletines!

WELLS Efectivamente...

ARAB. ¡Qué triunfo, míster Quirós!...

JAMES ¿Estarán intactos?... Por lo menos la cajita

donde iban apartados las perlas y brillantes grandes, no ha sido abierta.

ENR. Con el inventario en la mano he comprobado que no falta nada.

JAMES Pero, ¿tenía usted ese tesoro ahí, sin seguridad ninguna?

ENR. ¡Para lo que sirven las cerraduras de seguridad!

JAMES Pero es que ahí podía abrir hasta el groom...

ENR. ¡Oh! ¡El groom es incapaz de tocar a nada! (*A Palomo*) Puedes retirarte. (*Vase Palomo.*)

WELLS Sin reservas, míster Quirós... Le felicito sinceramente. Pero, dígame, porque estoy intrigadísimo, ¿cómo se ha podido cometer este misterioso robo?

ENR. No lo sé.

JAMES ¡Cómo!

WELLS No lo comprendo..,

ENR. Es bien sencillo. Por la misma razón que quedarán en el misterio los móviles y detalles del asesinato de Clara Moore...

WELLS ¡Porque el asesino de Clara Moore ha muerto!

ENR. ¡Y el autor del robo también!

JAMES ¿Quién ha sido?

ENR. ¡El mismo Bianchi!

ARAB. ¿Eh?

JAMES ¿Es posible?

ENR. Por eso decía en la carta: «Tengo otra vez mucho dinero.» ¿Comprende usted ahora, míster Wells?

WELLS A medias.

JAMES Cuéntenos usted, cuéntenos usted...

ENR. Luego. De sobremesa. Porque espero que hoy nos invitará usted a comer para celebrar los faustos acontecimientos.

JAMES ¡Ya lo creo! Y perdóneme, míster Quirós, que haya dudado de sus facultades.

ENR. ¡Oh, le perdono, le perdono!

JAMES Que haya llegado hasta a reirme, a burlarme...

ENR. Le perdono, le perdono... Le perdono todo menos el millón de dólares...

WELLS ¡Ah, es verdad!... ¡El millón de dólares!

JAMES Mi palabra se cumple siempre. Ahora mismo. (*Se sienta ante el «bureau» y extiende un cheque.*)

WELLS Amigo mío, se ha ganado usted un millón en veinticuatro horas.

ENR. — En el mismo tiempo que usted se ha ganado quinientos mil dólares. El detectivismo es muy lucrativo.

JAMES — Tenga. ¡A fe que me desprendo con gusto de esta cantidad!

ENR. — (Toma el cheque y se le ofrece a miss Arabella.) Miss Arabella, he conquistado el primer millón de dólares y le pongo a sus pies.

ARAB. — ¡Enrique!...

ENR. — Si usted cree que he demostrado ser el héroe de película que usted soñaba, y efectivamente me encuentra correcto, educado, de noble familia y no demasiado viejo todavía...

ARAB. — ¡Y con un corazón que vale más que todo eso!... Esta es mi mano, míster Quirós.

JAMES — Pero, ¿qué significa esto? ¿Qué dice usted? ¿Qué dices tú, hija mía?

ARAB. — Que amo a míster Quirós y que creo haber realizado mi ilusión.

JAMES — Nunca me hubiese opuesto a tus deseos, pero en este caso te confieso que accedo muy gustoso.

ARAB. — Gracias, papá, gracias. (La abraza y hablan aparte.)

WELLS — (A Enrique.) ¡Amigo mío, se pierde usted de vista!

ENR. — ¿Usted cree?...

WELLS — ¡Va usted a ser archimillonario!

ENR. — Yo solo aspiro a ser feliz.

ARAB. — (Acercándose a Enrique.) Una palabra, Enrique. ¿Me permite usted, míster Wells?

WELLS — ¡Cómo no! Es natural que los enamorados deseen charlar a solas.

ENR. — (Lleva a Arabella al divan de debajo de la ventana de la derecha mientras Wells habla con Boobar en el mirador.) ¿Que hay, Arabella? ¿Como ha acogido la noticia miss Elisabeth?

ARAB. — ¡Oh, temí que la alegría la matase!... Indudablemente ella creía culpable a Murphy... Pero dígame... Acláreme este misterio...

ENR. — No hay ningún misterio... ¿No lo ha oído?... ¡Yo me había equivocado!... Murphy es inocente y hará muy feliz a miss Elisabeth... ¡Bendito sea mi error!

ARAB. — Sí, bendito sea... ¡Cuanto he sufrido yo creyéndola culpable a ella primero y a él ahora!...

ENR. Es preciso que nadie entrevea nada de este drama que ha pasado aquí entre nosotros. Debemos evitar que una indiscreción pueda empañar la felicidad de Elisabeth.

ARAB. Sí, sí... ¡Si papá supiera!...

ENR. Y yo a decir a Elisabeth que guarde silencio, que tenga serenidad, que Murphy se lo explicará todo.

ARAB. (Acercándose a míster Boobar.) Papá, voy a dar órdenes, porque como la comida no estaba preparada...

JAMES Sí, sí. Y que ha de ser una gran comida... Escucha, como ya no habrá tiempo para algunas cosas, enviaré una nota al comedor del Club. Ahora te la pasaré para que la veas... (Se sienta a escribir en el «bureau» grande.)

ARAB. Me parece muy bien. Con el permiso de ustedes. (Vase.)

WELLS (Mientras Boobar escribe.) Pero, dígame, míster Quirós, ¿está usted seguro de que el italiano ha sido el autor del robo?

ENR. Tan seguro como está usted de que ha sido el autor del asesinato.

WELLS Le diré a usted...

ENR. No me diga nada. Si Bianchi ha asesinado a Clara Moore, también ha robado los brillantes...

WELLS ¿Es que usted duda?

ENR. ¿Es que duda usted?

WELLS Sigue usted desconcertándome, míster Quirós. Se lo confieso.

ENR A poco que el juez ahonde, se verá usted en un compromiso para demostrar la inocencia de míster Curtis y la culpabilidad de Bianchi...

WELLS ¿Es que cree usted que me he equivocado?

ENR Quiero evitarlo, y le voy a dar elementos de prueba. Telefonee inmediatamente al depósito judicial para que saquen las impresiones dactilares del difunto Bianchi, y después compruébelas con las huellas de sangre que vimos en las ropas, en la cara y en los brazos de Clara Moore y en el pasamanos de la escalera... Luego, tenga estos papeles de mi bureau que Bianchi revolvió y manchó de tinta al entrar a robar la caja. En ellos verá usted distintamente repetida la huella.

WELLS ¡Es usted admirable!

(Ha entrado PALOMO llamado por míster Boobar a cuyo lado queda.)

WELLS Entonces usted... ha hablado con Bianchi... le ha hecho confesar... rescató las piedras de sus manos...

ENR. ¡Oh, y con riesgo de mi vida!... Luego le enviaré el cuello de mi camisa para que también pueda apreciar en él las huellas de los dedos de ese temible Bianchi. Gracias a la feliz intervención del groom no me estranguló. Te debo la vida, Palomo...

PAL. Todo esta pagado, don Enrique.

WELLS ¡Era un hombre de cuidado!

PAL. ¡De mucho cuidado, míster Wells!

JAMES (Que ha terminado de escribir y da la nota a Palomo.) No cuente, no cuente detalles de sus hazañas, míster Quirós. Reservemos las primicias para la sobremesa, como nos ha prometido.

ENR. Ande, míster Wells, dé al depósito judicial el encargo que le he indicado.

WELLS Sí. Con el permiso de ustedes. Abajo tengo a dos agentes... (Vase.)

JAMES Mi querido míster Quirós, los acontecimientos se han precipitado en tal forma que temo que la sorpresa me haya hecho aparecer ante usted algo frío, algo incorrecto...

ENR. ¡Por Dios, míster Boobar!... Yo soy el que tiene que pedir a usted mil perdones por... por el... llamémosle asalto a la mano de su hija.

JAMES Eso no. Al contrario. He visto que se aman ustedes, que ella ve realizada su ilusión... ¡Ha encontrado el marido soñado!

ENR. Pero usted no, ¿verdad?

JAMES Yo... siendo ella dichosa..

ENR. Sea usted franco, míster Boobar.. Soy el marido ideal para miss Abella, pero no para usted.

JAMES Pequeñeces... Tonterías... Sueños como los de mi hija al fin... El ideal de ella era un héroe detectivesco. Yo, hombre de negocios, pensaba en un yerno con ingenio capaz de jugar mil trastadas a los maquiavélicos reyes del dólar... Pero, en fin... Comprendo que todo eso era un sueño de viejo... y que es lógico que el marido sea el ideal de mi hija y no el mío...

ENR. Es que yo aspiro a ser el de los dos.

JAMES Es difícil.

ENR. ¿Me da usted su palabra de no enojarse... de oirme con serenidad?...

JAMES ¿Qué?

ENR. Oiga.

JAMES Cuente con mi palabra.

ENR. Pues... Las bolsitas de los brillantes las he robado yo mismo.

JAMES ¿Qué dice usted?

ENR. Que necesitaba ganar un millón de dólares y conquistar la admiración de miss Arabella, a la que adoraba... Por eso simulé el robo y su descubrimiento.

JAMES Pero, ¿cómo ha podido abrir una caja inviolable?

ENR. Esa caja la abre un niño...

JAMES Si eso que me dice usted es cierto...

ENR. Tendrá que reconocer que tengo ingenio suficiente para jugar una trastada a los maquiavélicos reyes del dólar.

JAMES No sé, no sé qué contestarle a usted...

ENR. Que está muy satisfecho de que en vez de un gran detective le resulte un gran hombre de negocios... de pura sangre norteamericana.

JAMES ¡Es verdad!...¿Para qué andar con fingimientos? Confieso que en el primer momento he sentido indignación... Pero ante su franqueza... ante esta última audacia... ¡Lo que se va a reir Arabella cuando se lo contemos!

ENR. ¡No!... ¡Eso nunca!... No quiero someter a miss Arabella a la prueba que le he sometido a usted. Dejémosla con su ilusión... Para ella un gran detective. Para usted un admirable hombre de negocios.

ARAB. (Entrando con Elisabeth.) Cuando ustedes quieran podemos pasar al comedor. Aquí está míster Wells. (Entra también éste y queda formando grupo con Boobar, Elisabeth y Palomo).

ARAB. (A Enrique.) ¡Quién podía esperar tanta felicidad en tan pocas horas; pero, dígame, ¿es cierto que debe usted la vida a este groom?

ENR. La vida y la felicidad se la debo a este diminuto compatriota.

ARAB. ¡Ah, pues le pagaremos con creces!

ENR. Teniéndole siempre a nuestro lado para que él también sea feliz.

PAL. ¡Es demasiado, don Enrique!... Ya le he dicho que estamos en paz.

WELLS (Acercándose a ellos.) ¡Con qué gusto voy a brindar por la felicidad de miss Arabella!

ENR. Eso, otro día. Hoy brindaremos por la felicidad de miss Elisabenth. (Van saliendo los demás personajas.)

WELLS ¿Y se puede saber por qué?

ENR. ¡Ah... ah!...

WELLS No me lo explico.

PAL. Yo se lo explicaré a usted en una novela que pienso escribir, titulada «El asesinato de Clara Moore o una noche en un baúl.»

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañio. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocatión du fils du Monducet», de Sancha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur» de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Treatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant. y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)

La maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida al italiano.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán.)

La máscara y el rostro, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona.)

La maestrilla, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)

El drama de la botica, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.)

Una broma de salón, juguete cómico en un acto. (Teatro Cómico.)

Un buen amigo, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

Mi sobrino Fernando, juguete cómico en tres actos. (Teatro Cómico.)

La reina de la opereta, vodevil en tres actos, adaptación de una obra alemana. (Teatro Lara.)

Clara Moore, comedia detectivesca en tres actos, dividido cada uno en dos partes. (Teatro Cómico.)

Precio: TRES pesetas